

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN EL NORTE EXTREMEÑO: CRISIS DEMOGRÁFICAS, CARESTÍA, HAMBRE...

Luisa CLEMENTE FUENTES

Inspección de Educación. Cáceres

Resumen

La Guerra de la Independencia española transcurre en medio de una etapa nada exenta de crisis económicas y demográficas. Tomándola como marco referencial, este artículo reflexiona acerca de esos eventos. Y lo hace para una muestra de pueblos enclavados en el norte extremeño. En esta muestra se analizan los comportamientos de las variables demográficas (Natalidad, Nupcialidad, Mortalidad, Crecimiento Vegetativo...), especialmente los rasgos de las mismas en momentos de crisis. A la vez, se trata de poner de manifiesto que responsabilidad tuvieron las epidemias y el hambre ante dichos comportamientos demográficos. Y, sobre todo, se plantea el papel que jugó la guerra, cómo repercutió sobre todos esos aspectos.

Palabras clave: Guerra de la Independencia española, crisis de mortalidad, epidemias, hambre, norte extremeño.

Abstract

The War of Spanish Independence passes in the middle of a stage not at all free of economic and demographic crises. Taking it as referential frame, this article reflects about those events. And it does for a sample of towns nailed in the frontier north. In this sample the behaviors of the demographic variables are analyzed (Natality, Marriage rate, Mortality, Vegetative Growth...), especially the characteristics of the same at moments of crisis. Simultaneously, one is to show that responsibility the epidemics and the hunger had before these demographic behaviors. And, mainly, the paper considers that played the war, how it repelled on all those aspects.

Keywords: War of Spanish Independence, mortality crisis, epidemics, hunger, north of Extremadura.

INTRODUCCIÓN

“En muy pocos pueblos se come pan. Unas familias emigran, otras buscan su alimento en las yerbas del campo, y algunas personas han muerto ya de hambre. Todas las Justicias claman a la Junta; pero ésta, aunque procura consolarlas y animarlas, no puede suspender su provid.s p.a q.e den, porque de otro modo perecerían o se desertarían”¹.

¹ Cfr. GÓMEZ VILLAFRANCA, R. (2008), p. 410.

Ésta es la desolada situación de hambre y miseria que describe la Junta Suprema de Extremadura para el invierno de 1812, el año más calamitoso de entre los que conformaron el período de la Guerra de la Independencia. Los restantes años durante los cuales se desarrolló la contienda no se vieron, por desgracia, demasiado alejados de ese panorama.

Hablar de las dos primeras décadas del ochocientos es hacerlo de un período de gran significación para el devenir histórico, por todo lo que supone de tránsito del régimen político, administrativo, social y económico. Durante esos años se asiste a una quiebra del Absolutismo y del sistema económico que lo acompaña. El poder administrativo se trastoca y emergen nuevas formas de ejercer la política que afectan a las propias estructuras institucionales. Y todo ello en medio de un conflicto armado extendido por toda la geografía española.

En el transcurso de la Guerra de la Independencia española se produce la confluencia de crisis agrarias, demográficas y políticas. Es precisamente esta confluencia lo que hace que esos años despierten un interés especial para los historiadores, tanto para los consolidados como para los aprendices –como es el caso de la que suscribe–.

Son muchos y variados los enfoques que se han dado a la investigación demográfica de este período². Algunos se han centrado en el análisis demográfico puro, en tratar de medir las consecuencias demográficas que la guerra acarreó. La mayoría, sin embargo, han puesto el énfasis en el gran interés que despierta la propia confluencia de esos factores diversos a los que antes aludíamos. En nuestro caso vamos a tratar de indagar en los comportamientos demográficos que se dieron mientras tratábamos de defendernos del invasor francés. También intentaremos poner de manifiesto cómo tales eventos se interrelacionaron con los componentes económicos y bélicos que los envolvían y en los que de alguna manera se apoyaban.

Buscando explicar con mayor fundamento esa confluencia de factores, hemos optado por definir para este trabajo un marco referencial de índole cronológica un poco más amplio que los años estrictos de guerra. Siendo la etapa durante la cual se desarrolló la contienda el objeto principal de estudio, el análisis comparativo con los años previos y posteriores a la contienda militar nos permitirá contraponer las propias afirmaciones que sobre los años bélicos hagamos. Así pues, el marco temporal de 1800-1820, aplicable también por otros autores centrados en la investigación demográfica sobre la guerra³, es el que vamos a utilizar⁴.

Por lo que respecta a la extensión geográfica, nos centraremos en la perspectiva de las singularidades locales, tomando como muestra una serie de poblaciones enclavadas en el norte de la región extremeña. Pretendemos con ello que las reflexiones que vertamos tengan cierta relevancia desde el punto de vista de la población a la que representan.

1. ALGUNAS PRECISIONES CON RESPECTO A LAS FUENTES DOCUMENTALES

Cuando se investigan etapas presididas por grandes convulsiones, especialmente si éstas son de carácter bélico, el tema de la conservación de las fuentes documentales adquiere una importancia especial. Así lo entendemos en el caso de la Guerra de la Independencia española.

² Algunos de ellos han tenido como eje central la perspectiva demográfica, otros la económica y otros la confluencia de ambas. De entre ellos destacamos BERNAT I MARTI, J. S. y BADENES MARTÍN, M. A. (1981). Y, RÓDENAS VILAR, R. (1974). Para el contexto extremeño: BLANCO CARRASCO, J. P. (2008, a).

³ *Cfr.* BLANCO CARRASCO, J. P. (2008, a).

⁴ Tengamos en cuenta que entre 1800 y 1815 se pasa de un período de fuerte depresión demográfica a otro, casi sin solución de continuidad. Prescindir totalmente de cualquiera de ellos a la hora de analizar el otro, no lo consideramos nada idóneo.

Lo que se produce en ella es, por un lado, una disminución de los propios testimonios documentales. Las series de muchos de éstos, uniformes en el período previo al conflicto, se rompen por virtud de que dejan de funcionar, al menos con normalidad, los órganos de los que emanan. Las propias condiciones contextuales del conflicto generan desórdenes administrativos, huidas y destituciones de cargos políticos, deterioro general del funcionamiento de las instituciones, todo lo cual contribuye a que muchos de los testimonios documentales se deterioren, se pierdan o incluso no lleguen a materializarse. En el caso de los pueblos esto es muy patente ya que el ejercicio del poder local se vio en muchas facetas de su cometido reducido sensiblemente.

Por otro lado, proliferan las situaciones en las que se produce la desaparición de muchos documentos merced a los saqueos, incendios o destrozos en general que causaron las tropas enemigas en muchos de los archivos de los pueblos. Tampoco hay que desdeñar que en algunas ocasiones lo que había era la intencionalidad expresa de que algunos de los documentos desaparecieran para siempre.

La base documental del presente trabajo se apoya fundamentalmente en libros eclesiásticos conservados en los archivos parroquiales del municipio correspondiente o en el Archivo general de la Diócesis (Archivo Diocesano) al que pertenece la parroquia. Los párrocos registraban informaciones demográficas y económicas de gran valor para la época que estudiamos. Tal es el caso de los Bautismos, Matrimonios y Entierros, en primera instancia, o de los asientos de la distribución que se hacía cada año del reparto del Impuesto Eclesiástico de Diezmos y Primicias (incluidas las ventas de la parte que correspondía a la parroquia), en segundo término.

Con respecto a los primeras anotaciones, hemos de señalar la detección de bastantes desajustes en las Actas Sacramentales conformadoras de los Libros Parroquiales, durante el período objeto de estudio. Así, nos hemos encontrado con ausencias de dichos eventos porque la población abandona el pueblo⁵, o porque la parroquia se cierra y no puede tener lugar la celebración eclesiástica, como ocurrió en el pueblo de Saucedilla, cuyo párroco suscribe en 1814 que “*desde el año 11 hasta el presente no se ha bautizado párvulo alguno a causa de la invasión de los franceses; y aunque el año de 13 se reunieron algunas, no consta haberse aquí bautizado alguno, sin duda por estar violada la iglesia parroquial y no haber tenido párroco ni santos óleos*”⁶. En otras muchas ocasiones lo que se produjo fue el destrozo de los propios libros parroquiales. En algunos pueblos el bautismo, casamiento o entierro es registrado en fechas posteriores, varios años en algunos casos, a la que tuvo lugar. Para ello era preciso recurrir a la “memoria” de los afectados o familiares⁷. En determinadas parroquias las situaciones son tan extremas que tratan de anotarse de memoria las defunciones ocurridas durante varios años atrás⁸. Todo ello refleja en las Actas Sacramentales anotaciones

⁵ En Casatejada el Párroco quiere dejar constancia que entre 1808 y 1810, años durante los cuales la población estuvo huida del pueblo, habían fallecido 335 *personas adultas*. Cfr. Archivo Parroquial (A.P. en adelante), Casatejada, *Libro de Difuntos número 1*.

⁶ Cfr. A. P., Saucedilla, *Libro de Bautizados número 1*, fol. 94.

⁷ Así describía el proceso de cumplimentación de partidas el párroco de Galisteo: “*Con motivo de haber perecido todos los libros parroquiales de Bautismos, Velados y Difuntos en la invasión de los franceses en esta villa el año de 1809, para subsanar en algún modo esta pérdida y que se tenga en la posterioridad noticias de las ascendencias, se formen en el término de 12 días tres expedientes separados el uno que contenga todos los bautizados en esta parroquia hasta aquel año, el segundo de casados y el último de difuntos con las notas correspondientes (...) haciendo comparecer ante mí a los vecinos y personas de dicha villa a fin de averiguar por sus deposiciones los que hayan fallecido en los años anteriores...*”. A. P., Galisteo, *Libro de difuntos número 1*.

⁸ Véanse por ejemplo, además del caso de la Nota anterior, Archivo Diocesano de Cáceres (A.D.C., en adelante), Casas de D. Antonio, *Libro de Bautismos número 4 (1804-1824)*.

imperfectas, desorden en la secuencia temporal, brevedad excesiva en cuanto a su contenido, etc., aparte de falta de constancia de alguno de dichos actos.

Por lo que respecta a las fuentes de índole económica, especialistas del tema apuntan la existencia de dificultades para el análisis económico del tramo de la Guerra de la Independencia merced al caos administrativo que se genera durante ella⁹. En nuestro caso hemos recurrido, como acabamos de señalar, al uso de Los Libros de Tazmías y de los Libros de Cuentas de Fábrica, fuentes muy utilizadas para estudiar los índices de producción cerealística del Antiguo Régimen. Somos conscientes de las limitaciones que su uso tiene para la etapa objeto de estudio. Sin embargo, la utilización de dichas fuentes para el análisis local que perseguimos es recomendada por insignes historiadores como G. Anes, V. Pérez Moreda y A. García Sanz, ya que son de gran utilidad para la detección de las fluctuaciones tanto de los precios como de la producción¹⁰.

2. EVOLUCIÓN DE LAS VARIABLES DEMOGRÁFICAS (NATALIDAD, MORTALIDAD, NUPCIALIDAD)

Las dos primeras décadas del ochocientos representan en los procesos demográficos españoles una época de muchísima turbulencia. Es cierto que este tramo histórico tiene como precedente un final de siglo presidido por accidentes demográficos de mano de la mortalidad. Sin embargo, las convulsiones demográficas que se suceden en los primeros quince años del siglo van a tener tal magnitud, que las predecesoras de final del setecientos van a quedar relegadas a un segundo plano.

Hemos procedido a representar a través de tres diagramas (Gráficos 1, 2 y 3) los diferentes valores alcanzados por las tres componentes demográficas, natalidad, mortalidad y nupcialidad, en una muestra de pueblos cacereños a lo largo del tramo 1800-1820. Esto nos va a permitir un acercamiento global a los rasgos generales del comportamiento demográfico en ese tiempo y muestra.

De la simple visualización de los mismos, incluido el enfoque comparativo, es posible detectar tres grandes etapas en los comportamientos de la población. De un lado, tendríamos los rasgos que parecen definir una fase prebélica, aquéllos con los que arrancan las tres curvas. De otro, no resulta difícil aislar los años que transcurren durante la propia Guerra de la Independencia, entre 1808 y 1814, y ello sin olvidar el carácter de continuidad que parece tener con respecto a los que les preceden. La tercera etapa se dibuja un poco mejor perfilada que las anteriores, por cuanto que en ella se esboza un comportamiento bastante distinto de las tres variables con respecto a todo lo anterior.

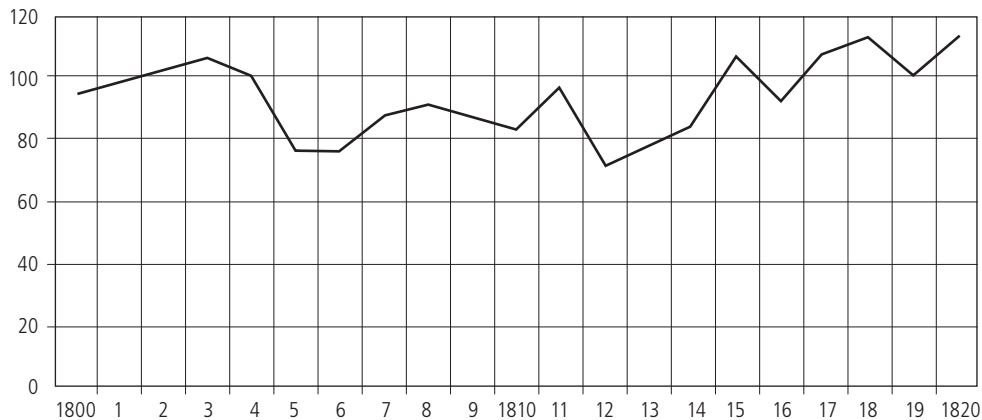
Aunque el objeto fundamental de este trabajo es el análisis de los años en guerra, debemos considerar el marco temporal en el que se inscribe ya que, como apuntamos anteriormente, nos ayuda a su análisis y comprensión. En consecuencia, quedaremos constancia de los rasgos más generales de lo que podemos considerar a partir de ahora como etapas prebélica y postbélica antes de pasar a analizar el propio período bélico.

Para algunas zonas del norte peninsular la etapa prebélica no llegó a registrar las grandes catástrofes demográficas del interior y sur de ese enclave geográfico. Esta circunstancia,

⁹ Cfr. ANES ÁLVAREZ, G. (1970 a), p. 252.

¹⁰ Cfr. ANES ÁLVAREZ, G. (1970), p. 64. PÉREZ MOREDA, V. (1975), p. 314. GARCÍA SANZ, A. (1977), pp. 91-92.

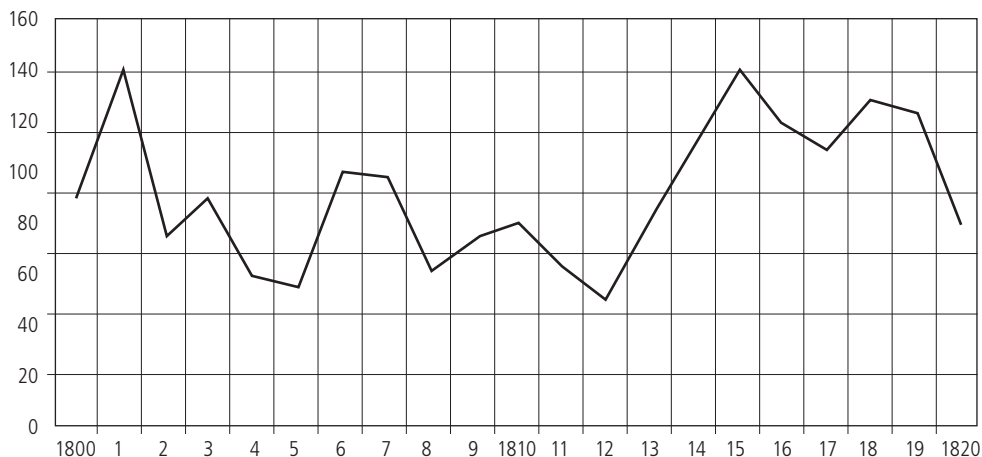
GRÁFICO 1
EVOLUCIÓN NATALIDAD EN 17 PUEBLOS CACEREÑOS
(ÍNDICE 100: MEDIA DE 1800-1803)



FUENTES: A.D.C. y Archivos Parroquiales. Libros de Bautismos. Elaboración propia.

PUEBLOS: Cilleros, Torremenga, Santiago del Campo, Pozuelo de Zarcón, Torrequemada, Torremocha, Villa del Rey, Herreruela, Granadilla, Abadía, Abertura, Sierra de Fuentes, Majadas, Guijo de Galisteo, Berzocana, El Torno, Tejeda de Tiétar.

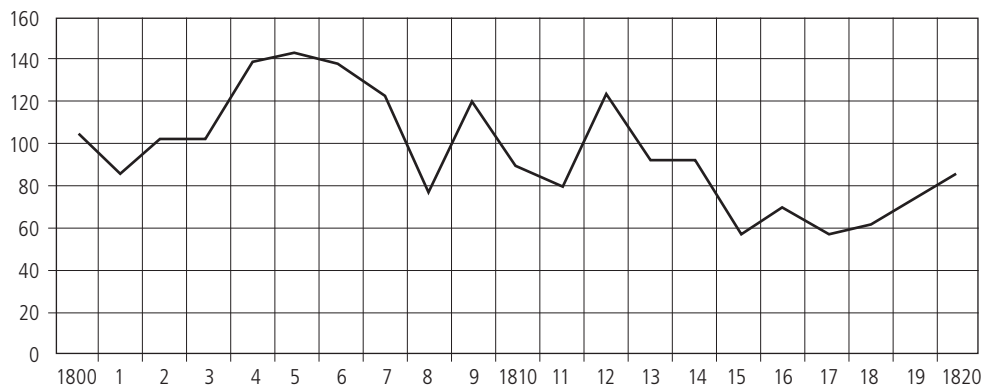
GRÁFICO 2
EVOLUCIÓN DE LOS MATRIMONIOS EN 12 PUEBLOS CACEREÑOS
(ÍNDICE 100: MEDIA DE 1800-1803)



FUENTES: A.D.C.C. y Archivos Parroquiales. Libros de Casados. Elaboración propia.

PUEBLOS: Montehermoso, Casas de D. Antonio, Torrequemada, Torremocha, Guijo de Galisteo, Sierra de Fuentes, Abertura, Majadas, Pozuelo de Zarcón, Cilleros, Herreruela, Santiago del Campo.

GRÁFICO 3
EVOLUCIÓN DE LA MORTALIDAD EN 22 PUEBLOS CACEREÑOS
(ÍNDICE 100: MEDIA DE 1800-1803)



FUENTES: A.D.C. y A. Parroquiales. Libros de Difuntos. Elaboración propia.

PUEBLOS: Torquemada, Granadilla, Herrerueta, Villa del Rey, Abertura, Tejada de Tiétar, El Torno, Santa Marta de Magasca, Ruanes, Pozuelo de Zarzón, Santiago del Campo, Torremenga, Cilleros, Berzocana, Sierra de Fuentes, Abadía, Majadas, Guijo de Galisteo, Zarza de Granadilla, Cañamero, Cuacos y Caminomorisco.

sin embargo, no quita importancia al hecho de que el arranque de siglo –el primer quinquenio– se vea jalonado por un gran retroceso demográfico, palpable a través de una contracción de los matrimonios y las concepciones y por un elevado despegue de la mortalidad.

Las tres curvas anteriores corroboran esta situación para los pueblos cacereños investigados. En los tres primeros años la natalidad no logra despegarse de la mortalidad a la par que los matrimonios, salvando el año 1801, parecen iniciar un evidente descenso. Son comportamientos que parecen estar anunciando la gran depresión demográfica que se avecina. Las variables positivas se hunden a la par que la negativa se eleva vertiginosamente. El resultado inmediato es la aparición de una depresión demográfica perfectamente perfilada por el comportamiento de las tres curvas.

Aunque hubo incidencias importantes de azotes epidémicos en estos primeros años del siglo XIX, lo que en mayor medida incidió en esa bajada del movimiento natural de la población fue la presencia de crisis de subsistencias que arrancan, según los lugares, en 1803 y, sobre todo, en 1804. La huella que dejan en los pueblos cacereños es enorme, ya que los nacimientos se contraen durante varios años y las defunciones se elevan desorbitadamente también durante todos ellos. Esas malas perspectivas económicas, ya analizadas en buena parte para el contexto extremeño por J. García Pérez y F. Sánchez Marroyo¹¹, son también las responsables de que las parejas no se decidan a contraer matrimonio. Precisamente este comportamiento de la nupcialidad, unido al de la curva de las concepciones, son elementos que nos ayudan a considerar que dichas crisis de mortalidad tenían tras de sí fundamentalmente la escasez, la carestía y su derivada, el hambre.

Los datos que sobre precios y producción veremos más adelante, nos permitirán completar estas explicaciones a las que aludimos. Veremos el rasgo global de la nefasta coyuntura económica que presidió el entorno cacereño en torno al año de 1804.

¹¹ Cfr. GARCÍA PÉREZ, J. y SÁNCHEZ MARROYO, F. (1984).

¿Qué hicieron las curvas demográficas cuando la población se vio invadida, asediada, expoliada, etc., por el proceso bélico que irrumpió con un gran potencial destructivo a partir de 1808? Hay que recalcar que, como acabamos de ver, la recuperación de la población con respecto a la crisis de 1803-5 únicamente se estaba iniciando. La nupcialidad tiene que despegar en 1806 y 1807, aunque no sea más que para formar las familias que habían quedado sin instituirse en los años anteriores. A pesar de dicha necesidad de recuperación, nada más comenzar la contienda las nupcias van a hundirse de tal manera que no lograrán salir del bache hasta la finalización de la misma.

Las concepciones, como siempre pasa tras una crisis de subsistencias, tardan más en recuperarse del hundimiento que soportan en torno a 1804. Es más, la recuperación es tan baja que apenas sí logra despegarse de la mortalidad. Esta táctica está ya anunciando lo que va a ser su comportamiento a lo largo de toda la contienda bélica, la de mantenerse continuamente contraída. Ese repliegue de las concepciones durante los años de la guerra, únicamente parece romperse un poco tras la cosecha de 1810. El buen rendimiento que ésta tuvo determinó que, aun sufriendo la presencia de los ejércitos, las parejas se mostraran más proclives a la procreación.

Con ese panorama que la natalidad manifiesta, resultaba difícil conseguir que la población alcanzase un crecimiento sostenido entre 1808 y 1814. Y ello no sólo por la escasez de los apareamientos sino sobre todo porque la mortalidad no se aletarga, sino todo lo contrario. En esos años, los dos hechos más sobresalientes de las curvas vienen de la mano de la mortalidad. Ésta se encarga de accidentar especialmente el transcurrir demográfico haciendo que éste tenga dos picos de gran alcance: las crisis de mortalidad de 1809 y de 1812. Tales crestas aparecen con gran entidad demográfica porque van acompañadas o de una contención o incluso acusado descenso –caso de la segunda– de las otras dos componentes demográficas.

El resultado global de las variables demográficas durante la guerra en los pueblos de la muestra, es el de un tramo al que podemos catalogar de un gran desabrimiento. Aunque el balance final no acuse tanto la negatividad de los años previos a ella, sin embargo la suma de las dos crisis que hacen acto de presencia durante la misma, otorgan a ese resultado final un balance ciertamente perjudicial para el desarrollo vegetativo.

La responsabilidad que el propio conflicto bélico tuvo en ese balance global, se pone de manifiesto si observamos el comportamiento de las tres curvas una vez que ese acontecimiento finaliza, en 1814. A partir de este año las variables positivas se elevan a la par que la negativa se contrae. Todo ello, insistimos, se inicia justo a la marcha del ejército francés. La población que ha logrado sobrevivir a más de cinco años de asedio militar, hace todo lo posible por salir adelante, iniciando un proceso de despegue demográfico que es la característica más esencial del último tramo observado. La curva de los matrimonios crece espectacularmente, y los nacimientos derivados de ella hacen lo propio, consiguiendo distanciarse bastante de la mortalidad. Es la primera separación de cierta entidad que logran en lo que va de siglo. Las defunciones descienden y no vuelven a protagonizar ningún rasgo de sobremortalidad antes de la finalización de la década. Únicamente hemos detectado algún caso aislado y de pequeño tamaño en la elevación estacional de algunas defunciones, especialmente las infantiles, tal como veremos más adelante.

¿Qué hay detrás de los comportamientos demográficos entre 1808 y 1814 que acabamos de ver? Las restantes páginas del artículo van a estar dedicadas precisamente a la elaboración de esa respuesta. En ellas vamos a poder comprobar el peso específico que tuvieron los componentes económicos y los morbosos. Por este motivo no entramos ahora en explicar la influencia de estos dos factores.

Aunque esos dos elementos estuvieron ligados de manera permanente al comportamiento de las variables demográficas, determinando en los modelos demográficos tradicionales la tra-

victoria de las curvas, sin embargo en el tramo de 1808-1814 hay que considerar un nuevo componente: el hecho mismo de la guerra. Ésta actúa como factor añadido al propio desenvolvimiento de los otros dos, pero lo hace de tal manera que los condiciona y determina, pasando a ser con ello, en muchas ocasiones, el principal factor que repercute en las prácticas demográficas. Sobre dos de ellas, la natalidad y la nupcialidad, la repercusión de la guerra es bastante directa. La implicación que en ambos comportamientos tiene la voluntad humana juega a favor de esa conexión¹². La simple presencia del conflicto armado en el propio entorno o en sus inmediaciones, hace que las concepciones y los enlaces entre las parejas se retraigan. En el caso de la mortalidad la incidencia es más indirecta. Ello es debido a que la contienda actúa sobre aquellos aspectos que desencadenan buena parte de las enfermedades primero y de las defunciones después.

El choque armado contra los franceses que rodea a los moradores de la época, hace despertar en ellos temor, angustia, desolación, incertidumbre, inseguridad, etc., actitudes todas ellas que no son los más propicios ni para los apareamientos ni para la conformación de familias. Lo normal es que ante los conflictos bélicos, las celebraciones nupciales se vean retrasadas para épocas de mayor tranquilidad social.

Por otro lado, la lucha contra los ejércitos imperiales conllevó un importante deterioro de las condiciones de vida de la población. Las familias estaban continuamente sometidas al proceso de entrega de víveres, animales, carros, utensilios de trabajo y sustentos para los animales de los ejércitos. Aparte estaba la carga económica que tenían que soportar proveniente de las contribuciones de guerra y demás exacciones destinadas al mismo fin. Las requisiciones también estuvieron a la orden del día, aplicándose circunstancias violentas (“por la fuerza”¹³) cuando la voluntad del afectado no era favorable. El mantenimiento de las tropas llevaba aparejadas graves consecuencias para las economías familiares. Testimonios como los expuestos a continuación, provenientes de los Ayuntamientos de Acebo (fechado en mayo de 1810), el primero de ellos, y Santa Cruz de la Sierra (firmado justo un año después) el segundo, nos permiten acercarnos a las situaciones de penuria que quedaban tras el paso o asentamiento de las tropas en una localidad.

Este pueblo, el más pobre de la comarca, sufrió la estancia del ejército portugués (7.000 hombres durante 9 días), desde primero de agosto del año pasado. El saqueo del enemigo por tres días. Por el mes de septiembre siguiente se alojó un batallón de la vanguardia del ejército de castillo (durante 12 días). El 22 de diciembre entró la primera división del Ejército de la Izquierda (durante 22 días). No quedó en el pueblo una yunta de

¹² M. A. Badanes Martín y J. S. Bernat i Martí indican lo siguiente con respecto al comportamiento de la nupcialidad: *Las nupcias son la variable demográfica que más relación guarda con la coyuntura económica y, por tanto, el mejor barómetro para advertir las crisis de subsistencias, ya que dependen, en mayor grado que los restantes índices, de la voluntad humana.* Cfr. BERNAT I MARTI, J. S. y BADENES MARTÍN, M. A. (1981), p. 129.

¹³ Véase por ejemplo, Archivo Histórico Provincial de Cáceres (A.H.P.C. en adelante), sección archivos municipales, Herrera de Alcántara, Caja 13, legajo 15. *Suministros y bagajes*. Escrito de fecha 27 de agosto de 1812.

Sirva también de ejemplo la descripción que, acerca de los suministros a las tropas, se realiza para la ciudad de Coria (año de 1810): *“En julio se vivieron momentos difíciles. Ya hemos advertido del incremento que la coerción había experimentado en las peticiones de suministros por parte de las tropas nacionales. Se exigían con rapidez, no se permitía demora alguna: las poblaciones estaban sujetas a la ley marcial y ésta sería aplicada con todo rigor contra los que dilataran la entrega de las raciones diarias con argucias o actitudes laxas. El día 24 el general francés Lapisse exigió raciones por valor de más de 50.000 rs., y lo hizo violentamente, amenazando de muerte al vecindario, y reteniendo a algunos miembros del concejo y otros miembros señalados de la sociedad coriense hasta que entre todos ellos reunieron las cantidades demandadas”.* Cfr. BLANCO CARRASCO, J. P. (2008, b), p. 109.

*labor, se consumieron más de 200 reses vacunas y 3.000 cabras, toda la cosecha de vino de ese año, destrucción de más de 1.000 colmenas, toda la fruta de espino, los árboles y tapias de los huertos, molinos de aceite, viñas, aceitunas. Enferman muchos vecinos y mueren más de necesidad*¹⁴.

*A una ínfima población de 50 vecinos llenos de miseria, se le cargan 100 raciones diarias para acudir con ellas a Campomayor por lo que es imposible ejecutarse por los siguientes motivos: el 21 de marzo de 1809 entraron los enemigos y después de haber sufrido un riguroso saqueo de bienes, víveres, ganados de todas clases y de labor a la subida para arriba que sucedió en los días 15 y 16 de junio del mismo año, además de lo expresado al sembrado que se hallaba inmediato al pueblo lo destruyeron y segaron para los caballos. Después pasó nuestro ejército y permaneció por espacio de un mes en esta el regimiento de Caballería de Borbón y la Brigada de Carabineros Reales que fue necesario sustentarlos con dichos sembrados y a la tropa con raciones que venían de otros pueblos por no haber nada en éste. En este tiempo bajó el ejército inglés de los puntos del Tajo...*¹⁵

También hay que tener en cuenta que eran muy frecuentes las situaciones de asedio a las que se veían sometidas las poblaciones. El saqueo de los pueblos por parte de los ejércitos imperiales fue una práctica muy extendida por toda la geografía extremeña. M. A. Melón Jiménez señala cómo los lugares de Torrecillas, Aldeacentenera, Madroñera, Herguizuela, Conquista de la Sierra, Santa Cruz, Puerto de Santa Cruz, La Cumbre, Plasenzuela y Garciaz fueron saqueados en varias ocasiones¹⁶. Muchas de las entradas de los ejércitos en los pueblos se convertían en auténticos actos de vandalismo. En muchas ocasiones se trataba de “ajustar cuentas” o adoptar “represalias” por las propias acciones de defensa llevadas a cabo por los moradores. Sirvan de ejemplo a este tipo de situaciones los testimonios de los municipios de Herrerueta y Galisteo que insertamos a continuación:

*“... la primera entrada (de los ejércitos) fue el día doce de abril de este presente año (1809) por la Vlla. de Alcántara (...) que se dirigían pa Brozas y Cáceres hasta Mérida. La segunda se verificó el 13 de mayo (...) penetrando desde Mérida donde tenían su cuartel general, hasta algunos pueblos de Portugal. Es imponderable los estragos causados por estos payses, principalmente en la Villa de Brozas y Alcántara, donde ejecutaron todo género de abominaciones, como asesinatos, estragos y hasta saquear los templos haciendo de ellos cuadras, y de sus altares pesebres pa. Los caballos”*¹⁷.

“... al amanecer el día (...) dos del mes de agosto del infausto 1809, los monjes de Fuente-Santa cantaban (...) acompañados de las melodiosas notas del órgano, en tanto que los labradores desde sus eras distinguían una inmensa nube de polvos hacia ellos..., luego confunden un confuso tropel y más cercano el galopar de briosos corceles que aparecen a la vista evolucionando sobre el recinto cenobial, después luce el hastío-rey irradiando sus refulgentes rayos, que reverberan en los brillantes cascos acerados y sables metálicos de los jinetes que exploran las cercanías en tanto que algunos escuadrones asaltan el murado santuario, aprisionan a sus moradores, saquean el convento profanan la basílica, expolian sus riquezas e incendian a su valioso archivo y voluminosa biblioteca, largándose del monasterio que parcialmente fue reducido a pavesas. Con el pingüe botín y los monjes prisioneros, prosiguen el camino hacia la villa deteniéndose en las eras abandonadas de sus dueños para convertir las mieses hacinadas en cenizas y quemar la ermita de los santos mártires. El vecindario de

¹⁴ Cfr. SARMIENTO PÉREZ, J. (2008), p. 217.

¹⁵ Cfr. SARMIENTO PÉREZ, J. (2008), p. 223.

¹⁶ Cfr. MELÓN JIMÉNEZ, M. A. (1989), p. 68.

¹⁷ A.D.C., Herrerueta, *Libro de Difuntos* número 6.

*Galisteo que observa las criminales fechorías de los franceses desde los mirametes de sus murallas, al ver como la llama de la terrible hoguera devoran santuarios y mieses, preso de pánico huyó de la villa, abandonó su hogar y como tribu errante se ocultó por espacio de algunos días en las madrigueras y cuevas campestres*¹⁸.

El temor que despertaban estos actos de barbarie motivaba el abandono de los hogares y la huida despavorida de los integrantes familiares hacia lugares “más seguros”, como montañas y escondites. La vida a la intemperie y las dificultades para aislarse de las adversidades climatológicas pasaron a presidir las formas de vida de muchos habitantes. Todo ello afectó especialmente a las condiciones de habitabilidad de los más pequeños, así como a las situaciones ligadas a embarazos y a partos, procesos sobre los que se produce un especial empeoramiento de las condiciones mínimas que requiere su desenvolvimiento óptimo.

Tampoco podemos infravalorar las repercusiones que para las familias de base agrícola y artesanal, las más numerosas por entonces en nuestra región, tenían los alistamientos de los varones al ejército regular y a las guerrillas que se formaron con tanta profusión. Esos varones se encontraban precisamente en la edad más apropiada para el trabajo y, por consiguiente, para contribuir al sustento alimenticio de la familia. Prescindir de ellos conllevaba que la mujer tuviera que asumir ese cometido y por lo tanto aminorar las atenciones propias de la vida familiar, especialmente las que requerían los más pequeños de la casa.

Resulta fácil deducir cómo la natalidad se ve especialmente afectada por esta desestructuración familiar, especialmente en lo tocante a la separación temporal o, en algunos casos, definitiva, de los cónyuges. Tampoco la nupcialidad sale bien parada, tanto porque no se presentan buenas perspectivas para casarse y formar una familia, como por el escaso número de varones disponibles para proceder a ello. En el cuadro adjunto presentamos el porcentaje de viudos que acceden al matrimonio en cuatro pueblos cacereños, detectándose en él cómo ese guarismo es claramente superior durante los años de la guerra que en los tramos precedente y posterior.

TABLA 1
PORCENTAJE DE VIUDOS QUE ACCEDEN AL MATRIMONIO
EN 4 PUEBLOS EXTREMEÑOS

	1800-1807	1808-1814	1815-1820
Cilleros	10,9	26	14,3
Guijo de Galisteo	8,3	18,7	5,4
Casas de Don Antonio	9,5	21,4	12,2
Pozuelo de Zarcón	18	33,6	16,6
Medias	11,6	24,9	12,1

Como prueba de lo que significó en esas mismas poblaciones la contracción de los enlaces matrimoniales durante la lucha con el francés, exponemos las tasas de nupcialidad que se dieron en alguno de esos años y las contraponemos a las que se originaron a la finalización de la guerra.

¹⁸ Archivo Municipal (A.M. en adelante), Galisteo. “Apuntes para la Historia de Galisteo. Tomo I” por Tomás Ávila Gómez, Galisteo, 1 de mayo de 1934, pp. 144-147.

TABLA 2
TASAS DE NUPCIALIDAD POR MIL HABITANTES

	<i>Media de 1811-1812</i>	<i>Media de 1819-1820</i>
Cilleros	6,7	14,9
Guijo de Galisteo	7	11
Casas de Don Antonio	3,1	18
Pozuelo de Zarcón	6,2	11,7
Medias	5,75	13,9

Los datos hablan por sí solos. La tendencia que recoge el gráfico 2 acerca de la nupcialidad, aparece claramente refrendada por los valores superiores¹⁹.

Con este apartado han quedado apuntadas las consecuencias demográficas que acompañaron a los años de guerra. Vamos a tratar de precisar en los párrafos siguientes esa repercusión, incidiendo en lo que supuso el balance final del crecimiento vegetativo logrado durante ese tiempo.

3. BALANCE FINAL: EL CRECIMIENTO VEGETATIVO RESULTANTE DE LA CONTIENDA

Mucho se ha escrito sobre los que murieron a merced a la ofensiva militar. Pero no podemos olvidarnos de aquellos que, precisamente por éste, no llegaron ni siquiera a nacer. Los vacíos de las generaciones que no se engendraron durante esos años, reflejadas en las pirámides de población de las décadas subsiguientes al conflicto, son parte de las víctimas que la contienda militar trajo consigo.

Hablar del número de víctimas –asimilándolo a fallecimientos– que la lucha independentista causó da pie a una lectura incompleta, puesto que la visión global debe tener presente tanto el guarismo de los que murieron como el correspondiente a los que nacieron en ese mismo tiempo. La guerra, tal y como acabamos de comprobar, no sólo provoca defunciones de personas sino que también genera que muchas de éstas no lleguen a nacer. El potencial de natalidad de la población de aquel momento, base imprescindible para el sostenimiento del crecimiento natural de la misma, se vio tanto o más mermado por la influencia del conflicto armado, que las posibilidades de vivir que aquella tenía.

Hablar del balance final del crecimiento natural de la población durante la Guerra de la Independencia, es referirnos siempre a saldos negativos. Durante ella la elevación de los entierros sobre los bautismos inundó todas las regiones españolas, provocando de esta manera un retroceso en el avance demográfico del conjunto del país²⁰.

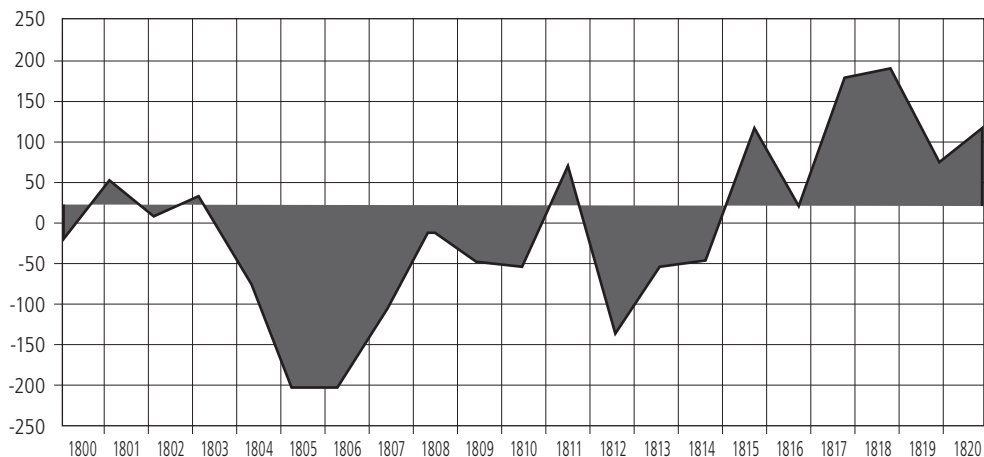
¿Qué pasó en los pueblos cacereños? Si contraponemos, durante el espacio de tiempo que media entre el inicio y el final de la guerra, el número de nacimientos al de defunciones en diez localidades del norte de Extremadura, el guarismo que se arroja tiene un signo cla-

¹⁹ Véase nota 12.

²⁰ Así cataloga Jordi Nadal al quinquenio de 1808 a 1812 para la región de Cataluña: *cinco años de catástrofe demográfica, de una dimensión sin precedentes desde la hecatombe de los años 1647 a 1654*. En NADAL, J. (1976), p. 135.

ramente negativo. Pero lo peor de todo es que en ese tramo temporal llovía sobre mojado: se partía de unos años precedentes muy nefastos, que supusieron para esas mismas poblaciones una diezma muy importante de sus efectivos. El diagrama expuesto a continuación no puede ser más expresivo al respecto.

GRÁFICO 4
EVOLUCIÓN DEL CRECIMIENTO VEGETATIVO EN 10 PUEBLOS CACEREÑOS



FUENTES: A.D.C. y A. Parroquiales. Libros de Difuntos y de Bautismos. Elaboración propia.

PUEBLOS: Abadía, Abertura, Berzocana, Cilleros, Granadilla, Guijo de Galisteo, Majadas, Pozuelo de Zarzón, Torremenga, Villa del Rey.

Parece evidente que el crecimiento vegetativo está en peligro durante toda la contienda. También que la negatividad de éste no llegó a tener el alcance de los años precedentes. La situación fue especialmente calamitosa en la segunda mitad de la contienda, poniéndose de manifiesto cómo al deterioro progresivo que habían generado las circunstancias bélicas en la vida de la población, se unieron los déficits productivos de las cosechas de esos años, especialmente la de 1811.

En cada localidad el tramo bélico se dibujaba cotidianamente con un estrecho acercamiento entre la tasa de natalidad y la de mortalidad, siendo el saldo a favor de la primera muy escaso, de modo que continuamente se rompía por años en los que los nacimientos descendían o bien las defunciones se incrementaban. Eso genera que a la hora de hacer un balance final del período éste salga claramente negativo, tal y como puede verse en la tabla 3. También salen negativos la inmensa mayoría de los años cuando unimos diferentes localidades ya que en casi todos ellos hay alguna o algunas que presentan saldos negativos de su crecimiento natural. Así lo hemos visto en el gráfico anterior.

A favor de la natalidad hay que señalar que la representada tanto en el gráfico superior, como en los restantes del trabajo que tienen que ver con ella, es reflejo directo del número de bautizos y no del de nacimientos. Como quiera que algunos de éstos no debieron pasar por la pila bautismal, debemos considerar a los guarismos que recogemos como valores mínimos de nacimientos.

Tanto el dibujo como el cuadro reflejan el despegue que sufre el comportamiento poblacional tras la finalización de la contienda. De nuevo las cifras hablan por sí solas y sobran los

TABLA 3
EVOLUCIÓN DEL CRECIMIENTO VEGETATIVO EN LOS PERÍODOS INDICADOS
EN 10 PUEBLOS CACEREÑOS

	1800-1807	1808-1814	1815-1820
Media anual del crecimiento vegetativo	-96,5	-60	+106

PUEBLOS: Abadía, Abertura, Berzocana, Cilleros, Granadilla, Guijo de Galisteo, Majadas, Pozuelo de Zarcón, Villa del Rey y Torremenga.

comentarios. Únicamente añadir que el balance positivo de estos años hay que situarlo ante un potencial biológico claramente mermado por más de una década de descalabros. Es preciso destacar el esfuerzo que tuvieron que hacer las generaciones que sobrevivieron a la guerra y a las calamidades para que con un potencial de población tan bajo y con unos recursos económicos totalmente exhaustos, pudieran sacar a flote las tasas de nupcialidad anteriormente expuestas y hacer resurgir el número de nacimientos. Todo ello va a permitir un importante despegue demográfico que se seguirá manteniendo al inicio de la década siguiente.

4. LA INCIDENCIA DE LA MORTALIDAD INFANTIL

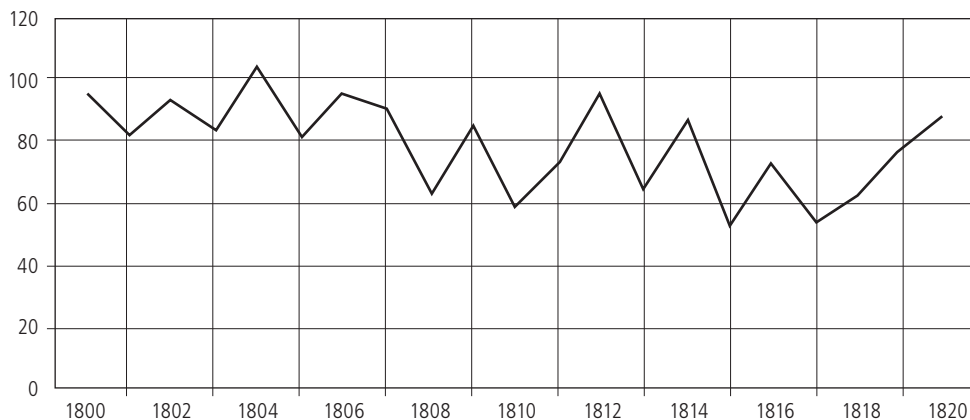
¿Qué papel desempeñó la mortalidad de los párvulos en ese balance demográfico que acabamos de resaltar? Para elaborar la respuesta hay que partir de al menos una consideración general. El inicio del siglo diecinueve es, como el resto del mismo, representativo de comportamientos demográficos de carácter tradicional, caracterizados entre otras cosas por una alta incidencia de la mortalidad infantil. Ésta era la principal responsable de que las cifras de muertos alcanzaran grandes magnitudes. Lograr atajarla o al menos aminorarla, era un aspecto clave para conseguir un crecimiento vegetativo positivo.

Sobre el peso que la misma tuvo en el período indagado nos da cuenta el gráfico adjunto (Gráfico 5). Su visión nos permite ahora comprender mejor la alta incidencia que tuvo la mortalidad durante el primer quinquenio del ochocientos. Fue este tramo de edad el que se vio especialmente afectado por las hambrunas y azotes epidémicos de esos años. Precisamente el inicio de la guerra coincide con el comienzo de su recuperación. Parecía que ésta iba a producirse pero la contienda complicó las cosas y la intensidad de las defunciones siguió siendo alta. A esta sensación contribuyen primero el alza de 1809 y, en segundo lugar y de manera más acentuada, el de 1812. La crisis de producción de 1811 le afecta especialmente, lográndose al año siguiente un nivel de sobremortalidad infantil muy cercano al de 1804.

Los infantes tardan en dejar de recibir las secuelas de la guerra. Así, se observan elevaciones de estos difuntos en 1814, y posteriormente en los dos últimos años del tramo. Se trata en ambos casos de situaciones aisladas de algún azote epidémico que sirven para recordarnos que la lucha contra la mortalidad infantil estaba por entonces en mantillas.

Un rasgo indicador de lo que pudo suponer para los índices de morbilidad y mortalidad infantil la incursión militar, es el porcentaje que representó su incidencia dentro del total de nacimientos. Si comprobamos cuál es ese porcentaje y lo comparamos con los de las etapas colindantes, la estimación de lo que pudo ser la incidencia bélica en el agravamiento de estas edades, puede resultar plausible. Por este motivo hemos llevado a cabo los cálculos expuestos a continuación para una muestra de seis pueblos (Tabla 4).

GRÁFICO 5
MORTALIDAD DE PÁRVULOS EN 12 PUEBLOS CACEREÑOS
(ÍNDICE 100: MEDIA DE 1800-1820)



FUENTES: A.D.C. y A. Parroquiales. Libros de Difuntos y de Bautismos. Elaboración propia.

PUEBLOS: Abertura, Berzocana, Cilleros, El Torno, Granadilla, Guijo de Galisteo, Majadas, Pozuelo de Zarcón, Santiago del Campo, Sierra de Fuentes, Torrequemada y Villa del Rey.

TABLA 4
NÚMERO DE DEFUNCIONES DE PÁRVULOS POR MIL NACIMIENTOS
EN LAS TRES ETAPAS SEÑALADAS

Localidad	1800-1807	1808-1814	1815-1820
Santiago del Campo	543	409,9	248,6
Berzocana	565	557,1	299,2
Cilleros	656,3	514,7	430,1
Pozuelo de Zarcón	810	726	570
Abertura	631,1	652	419,7
Majadas	676	757,1	373,8
Media	646,9	602,8	390,2

Los datos que hemos obtenido reflejan que en el primer período se produce una elevada incidencia de la mortalidad infantil. Eran muy pocos, menos del 40%, los nacidos que llegaban a sobrevivir al sexto año de vida. Durante el período de la contienda esa proporción prácticamente se mantiene. Esto es digno de destacar ya que, como hemos comprobado con anterioridad, la mortalidad general de 1808-1814 es menor que la de los años previos. Sin embargo, la mortalidad infantil no desciende en esa misma proporción ya que seguían siendo seis de cada diez nacidos los que morían antes de cumplir los siete años. Para la ciudad de Badajoz J. P. Blanco Carrasco sitúa a este indicador en cuatro²¹. Los valores referidos a las

²¹ Cfr. BLANCO CARRASCO, J. P. (2008 a), pp. 84-85.

diferentes localidades permiten detectar situaciones locales de especial catastrofismo. Tal es el caso de Majadas y Pozuelo de Zarzón.

En la postguerra se produce una fuerte disminución de la relación entre nacidos y párvulos fallecidos. La proporción de los que mueren antes de los siete años decrece merced a una mejora de aquellas condiciones especialmente sensibles a la supervivencia infantil. Es cierto que, tal y como hemos visto en las páginas anteriores, la mortalidad baja en este período, pero lo que vemos ahora es que la misma va acompañada de una aminoración bastante considerable de la incidencia sobre los primeros años de vida.

Finalmente, si hacemos una distribución de las defunciones entre los párvulos y el resto de las edades, nos encontramos para los años de guerra unos valores similares a otros lugares: 49,7% de defunciones de párvulos con respecto al total, en los pueblos referidos en la tabla anterior y entre 40 y 50% para la ciudad de Badajoz²².

Como tónica general hay que tener presente que los condicionantes que la guerra instaló y que sirvieron para determinar los comportamientos demográficos, ya señalados en el apartado segundo de este trabajo, son aplicables a la mortalidad infantil. Es más, con mayor rigor y con peores consecuencias, ya que se conforma de edades especialmente sensibles a las tropelías, desbarajustes y desmanes que se generaron en un país levantado en armas. La atención hospitalaria, ya escasa de por sí, tiene que dedicarse a los heridos de guerra. Muchos partos se tienen que hacer en condiciones nada favorables ni para la madre ni para el bebé. Las huidas de la población conllevan el alejamiento de la atención médica así como la exposición de los niños a enclaves desprovistos de medidas de higiene y salubridad. En situaciones de climatología adversa (especialmente las derivadas de temperaturas extremas), la intemperie no era precisamente el lugar más apropiado para el desarrollo de los infantes. La alimentación sufre los desajustes que ocasionan no sólo la falta de determinados alimentos, sino también las condiciones de conservación de los mismos. Eran circunstancias muy propicias para que las infecciones estivales (gastritis, disenterías, etc.) se desarrollaran con facilidad y para que los brotes epidémicos acabaran elevando las curvas de mortalidad al no actuarse sanitariamente sobre ellos.

Todo ello sin olvidar el condicionante de las situaciones de miseria y hambre, que llegaron a alcanzar o incluso superar las cotas de las crisis de subsistencias del período anterior. Ante la falta de pan, no debió ser rara la práctica de dejar a los infantes “*de la mano de Dios*”, que en muchas ocasiones equivalía al puro y duro abandono. Las deficiencias en la dieta de la madre repercutían en su disponibilidad de proporcionar la lactancia materna. En fin, todo un cúmulo de circunstancias que conducían inexorablemente a las tasas de mortalidad infantil que acabamos de exponer.

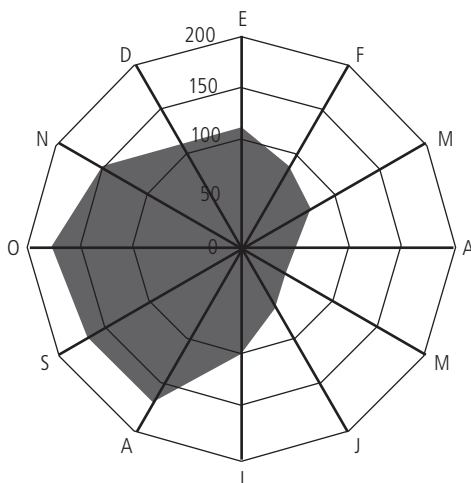
De la responsabilidad que sobre esa mortalidad de párvulos tenían determinadas infecciones, nos da cuenta la observación del gráfico 6 en el que se refleja la distribución mensual de las mismas a lo largo del año. La elevada concentración de las defunciones en el período estivo-otoñal, típica de los comportamientos demográficos de viejo cuño, era debida a la incidencia de las patologías de fácil propagación por efecto de la temperatura así como de aquellas otras de marcada tendencia endémica²³.

La guerra no marcó diferencias en cuanto a esa estacionalidad descrita. Es probable que acentuara la incidencia de las patologías, pero no cambió la ubicación temporal de las mismas.

²² *Ibidem.*

²³ Cfr. CLEMENTE FUENTES, L. (1992), p. 150.

GRÁFICO 6
DISTRIBUCIÓN MENSUAL DE LAS DEFUNCIONES DE PÁRVULOS
EN 10 PUEBLOS (1808-1814)



FUENTES: A.D.C. y A. Parroquiales. Libros de Difuntos y de Bautismos. Elaboración propia.

PUEBLOS: Abertura, Berzocana, Cilleros, El Torno, Granadilla, Majadas, Pozuelo de Zarcón, Santiago del Campo, Torquemada y Villa del Rey.

5. ESCASEZ, HAMBRE Y EPIDEMIA EN MEDIO DE LA GUERRA: LAS MORTANDADES DE 1809 Y 1812

Ya hemos visto en las páginas previas cómo el tramo 1800-1814 se vislumbra, demográficamente hablando, como un período crítico en el que el crecimiento natural de la población sufre un duro revés. El motivo de ello es la irrupción de varias crisis de mortandad coronadas de manera especial en torno a los años de 1804, 1809 y 1812. La primera de ellas tuvo, en palabras de un especialista en el tema, V. Pérez Moreda, una mayor extensión²⁴. Pero las otras dos, emergentes en plena contienda independentista, no se quedaron muy atrás, especialmente en el caso de la última de ellas que tiene también una extensión bastante generalizada por el territorio peninsular. La mayor incidencia de la crisis de 1809 tiene lugar, según el citado historiador, en las zonas de la frontera portuguesa y algunos puntos de Aragón y la Mancha²⁵.

Quizás la diferencia más significativa de las crisis de 1809 y 1812 con respecto a la que se gestó en torno a 1804, es que se engendraron y desarrollaron en un ambiente bélico. A la escasez, el hambre y la epidemia, factores casi siempre presentes en las crisis de mortalidad, se unió el de la guerra. Durante el transcurso de ésta todos ellos actuaron de una manera tan estrecha, tan interrelacionada, que en muchas ocasiones no resulta fácil discernir cuál o cuáles fueron los que asumieron la mayor responsabilidad en los comportamientos demográficos que se generaron en esos años.

²⁴ Cfr. PÉREZ MOREDA, V. (1980), p. 376.

²⁵ *Ibidem*, p. 386.

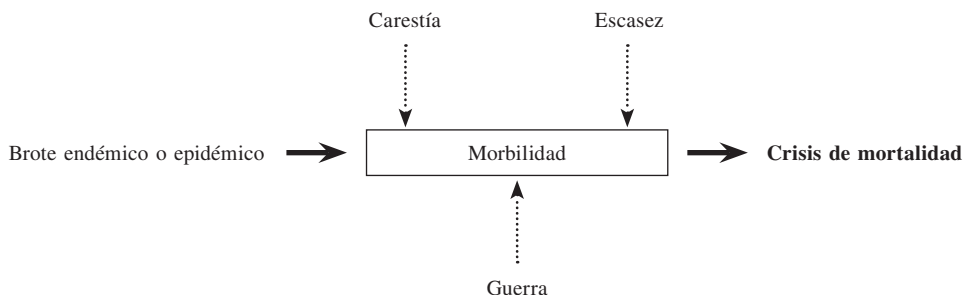
Durante los años de la Guerra de la Independencia hubo escasez en la recogida de las cosechas, y como consecuencia de ello y del propio conflicto, hubo carestía de los cereales que degeneró en hambruna. Es una etapa bélica en la que el hambre adquiere un importante protagonismo. Se produce un acusado deterioro no sólo en la calidad de la dieta, sino también en la cantidad de la misma. Todo ello tiene una repercusión para la población que lo sufre, en sus niveles de morbilidad primero y en los de mortalidad después.

Siendo cierta y patente esa relación entre hambre y sobremortalidad, no debe, sin embargo, infravalorarse la incidencia del propio factor patológico desencadenante de la enfermedad y, en último extremo, del fallecimiento. Es raro encontrar la combinación carestía-crisis de mortalidad sin que haya *rastro alguno de epidemia*²⁶. No podemos olvidar que las defunciones crecían porque determinadas patologías, especialmente las de carácter infecto-contagioso, las provocaban. Volvemos de nuevo a citar a V. Pérez Moreda, quien nos recuerda al respecto que frente a la *relación directa* que se da entre epidemia y mortalidad, la que existe entre carestía y mortalidad es *simplemente eventual* y se manifiesta siempre a través de la vía epidémica²⁷.

Hemos expuesto esta argumentación porque esos rasgos fueron los que hemos detectado en las crisis de mortalidad que arrecian entre 1808 y 1814, en los pueblos investigados. El hambre y las patologías de arraigo endémico y epidémico anidaron por todos ellos.

Pero, ¿y la guerra? El factor bélico presidió esa conexión hambre-epidemia, se ubicó por encima de los resortes sociales, políticos y económicos y los contaminó. Las perturbaciones que la guerra llegó a causar afectaron a todos y cada uno de los aspectos que tenían que ver con la salud de la población. Provocó un deterioro de las condiciones de habitabilidad, seguridad, higiene y atención médica. Con ella se generaban una serie de condiciones que actuaban de manera muy adversa en el proceso de convalecencia de las enfermedades. Superar dicho proceso no resultaba nada fácil en medio de la miseria, la inestabilidad familiar, el temor a la barbarie, la amenaza continua de la invasión, etc. Pero, sobre todo, la guerra jugó un papel muy negativo a la hora de favorecer el despliegue rápido y extenso de las patologías infecto-contagiosas. Su extensión por toda la geografía española conllevó una acentuación del fenómeno del contagio.

En resumen, entendemos que las dos crisis que presiden el comportamiento demográfico de los pueblos cacereños en 1809 y 1812, han de ser entendidas y explicadas en el contexto que tratamos de concretar mediante el siguiente esquema. Las flechas de trazo continuo y discontinuo reflejan el carácter de la influencia que tuvieron los factores a los que están unidas, directa e indirecta respectivamente.



²⁶ Cfr. PÉREZ MOREDA, V. (1988), p. 716.

²⁷ *Ibidem*, p. 719.

Veamos a la luz de este encuadre, qué nivel de incidencia tuvieron ambas crisis en los pueblos investigados.

5.1. LOS RASGOS EPIDÉMICOS DE LA CRISIS DE 1809

Nos hallamos sin duda ante la que fue la gran crisis del norte peninsular. En algunas de las regiones enclavadas en ese espacio, Cataluña especialmente, esta elevación de las defunciones alcanzó niveles bastante más desorbitados que en la crisis de 1803-1805²⁸. En el caso de los pueblos extremeños, aunque la incidencia no llegó a alcanzar esos niveles, sin embargo fueron muchos los que no se vieron libres del contagio.

Hablamos de *contagio* porque todo apunta a que nos hallamos ante un azote de carácter epidémico que fue extendiéndose a lo largo del año por las diversas regiones, de una manera desigual. La enorme expansión que hizo el ejército en esos meses, contribuyó a una rápida propagación de la infección.

La crisis epidémica que asoló buena parte de la península mientras la contienda militar tenía lugar, no llegó a generar en los pueblos cacereños el alto índice de incidencia de otros lugares de aquélla. Sin embargo, la envergadura que en esos enclaves había alcanzado la crisis de 1804, era muy grande. La merma que ésta había supuesto para los efectivos cacereños constituía un sumando de gran valor a la hora del balance final en el tramo 1800-1814. La menor eclosión del azote de 1809 en Extremadura con respecto a Cataluña, por ejemplo, quedaba de sobras compensada por el declive que se produce en torno a 1804.

En los pueblos cacereños investigados hemos detectado cómo por esas fechas (1809) las concepciones no estaban aún especialmente afectadas; tampoco las celebraciones matrimoniales. Sin embargo, en la mayoría de los pueblos de la muestra los entierros suman números bastante más elevados que los bautizos. Los síntomas que manifiesta el recorrido de las defunciones de ese año, parecen denotar una incidencia de las fiebres endémicas que adquieren el carácter de azote epidémico en función del elevado número de víctimas que causaron. Si comprobamos cómo se distribuyen esos entierros a lo largo de los meses, veremos que en esos pueblos la sobremortalidad sufre fuertes fluctuaciones. Es decir, más que alta mortalidad anual podríamos hablar de acusada elevación estacional.

¿En qué meses comenzamos a detectar las elevaciones bruscas de los óbitos? Parece que la incidencia patológica no se produce en todos los pueblos en los mismos meses, aunque hay un predominio de los que la padecen en la época estivo-otoñal, circunstancia que se ha detectado asimismo en poblaciones del interior peninsular²⁹. No obstante, algunos pueblos habían iniciado el contagio en la primavera y otros, por el contrario, no llegan a tenerlo hasta el propio invierno de 1809-1810.

MORTALIDAD DE 1809

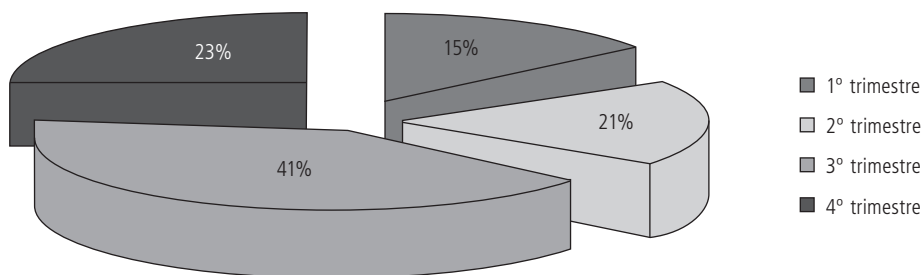
	<i>E</i>	<i>F</i>	<i>M</i>	<i>A</i>	<i>M</i>	<i>J</i>	<i>J</i>	<i>A</i>	<i>S</i>	<i>O</i>	<i>N</i>	<i>D</i>
Santa Marta	0	0	3	6	3	0	0	0	0	0	1	2
Ruanes	0	1	1	0	0	5	7	2	1	1	0	2

²⁸ Cfr. en NADAL, J. (1976), p. 134, gráfico 10.

²⁹ Cfr. PÉREZ MOREDA, V. (1980), p. 387.

El azote llega temprano a pueblos muy pequeños, como es el caso de Ruanes y Santa Marta de Magasca. Sin embargo la incidencia mayor de aquél tiene lugar en los meses estivales. Así sucede en pueblos del norte y sur de Extremadura. Calera de León, que lo sufre con intensidad, registra entre los meses de julio y agosto casi el 90% de las defunciones de ese año³⁰. Municipios del norte extremeño como Abertura, Berzocana, Sierra de Fuentes, Torrequemada y Torremenga, manifiestan igualmente una estacionalidad de su sobremortalidad en los meses estivales, tal y como se comprueba en el gráfico 7.

GRÁFICO 7
DISTRIBUCIÓN TRIMESTRAL DE LAS DEFINICIONES EN 5 PUEBLOS



FUENTES: A.D.C. y A. Parroquiales. Libros de Difuntos y de Bautismos. Elaboración propia.
PUEBLOS: Abertura, Berzocana, Sierra de Fuentes, Torrequemada y Torremenga.

En otras poblaciones se asienta un poco más tarde, llegando a prolongarse incluso hasta los primeros meses de 1810, tal y como puede verse en los datos adjuntos.

PASARÓN DE LA VERA

	E	F	M	A	M	J	J	A	S	O	N	D
1809	Sin datos	Sin datos	Sin datos	1	1	8	8	4	5	11	10	8

CILLEROS

	E	F	M	A	M	J	J	A	S	O	N	D
1809	2	3	8	5	7	3	4	7	0	10	9	0
1810	11	15	16	10	11	6	6	3	18	17	6	3

NAVALMORAL DE LA MATA

	E	F	M	A	M	J	J	A	S	O	N	D
1809	3	6	3	8	16	16	25	26	73	94	97	36

FUENTES: A.D.C. y Archivos Parroquiales. Libros de Difuntos. Para Navalmoral de la Mata: datos tomados de PÉREZ MOREDA, V. (1980), p. 387.

³⁰ Cfr. GARCÍA-MORO, C. E. y OLIVARES MARÍN, M. C. (2008), p. 106.

En la mayor parte de los casos las defunciones afectan a la población adulta. Aunque las fuentes silencian la causa de la muerte³¹, es muy probable que la incidencia de fiebres de carácter endémico estuviera tras esos óbitos. Se suele referir la presencia del *Tabardillo* o *Tifus Exantemático*³², patología de la que hemos encontrado alguna constancia en las actas parroquiales de difuntos de unos años después. Se argumenta a favor de ella el hecho de que suele incidir bastante sobre la población adulta y, sobre todo, la circunstancia de que fue una patología que acompañó a las tropas francesas en sus campañas españolas, contribuyendo de esta manera a la difusión de la misma. Ésta parece ser la hipótesis que se defiende para el caso de la epidemia de Navalmodal de la Mata. En esta población el párroco del lugar se refiere a 1809 como el de la segunda invasión del francés³³.

En el desarrollo de las enfermedades infecto-contagiosas tienen mucho que ver las condiciones de higiene y salubridad tanto privadas como públicas, entornos ambos que empeoran durante la guerra. Durante ésta fue un hecho indiscutible la desarticulación y hasta paralización de la vida administrativa, tanto provincial como municipal. Era frecuente que hubiese vacío de poder, así como la sucesión continua de ediles y corregidores en los Ayuntamientos. Todo ello provocaba un gran resentimiento de los servicios que tenía asumida esta institución. Algunos de ellos dejaron de ser considerados prioritarios, viéndose de esta forma muy penalizadas las condiciones de salubridad e higiene de las poblaciones.

La información económica que rodeó a este año –a la que luego haremos referencia–, no era especialmente negativa. No obstante, no puede descartarse el impacto que pudo tener en algún caso un déficit local o incluso comarcal aislado. Como ya dijimos anteriormente, situaciones de escasez en los cereales, especialmente en el trigo, predisponían para que la enfermedad anidara con mayor fuerza.

5.2. HAMBRUNA Y GUERRA EN TORNO A LA CRISIS DE 1812

Tres años más tarde del azote epidémico de 1809, el deterioro económico y social de la provincia se había incrementado. La población llevaba ya varios años soportando las penurias que la guerra había traído consigo. Las economías familiares y de las instituciones, especialmente las de las más cercanas a la población, las municipales, se encontraban ya con serios problemas para su sostenimiento. En un contexto como éste no es de extrañar que aflorase una crisis demográfica.

Si recordamos las curvas números 1, 2 y 3, podremos ver cómo en el entorno de 1812 los nacimientos y nupcias matrimoniales se contraen y la mortalidad se dispara. Estamos ante el acontecimiento demográfico más importante que registran estos pueblos, durante los seis años de guerra independentista. Si en el año de 1809 detectamos saldo vegetativo de carácter negativo, éste fue responsabilidad de la mortalidad –ya que las otras dos variables apenas se vieron afectadas de manera negativa–. Sin embargo, en 1812 la situación es muy distinta, ya que son las tres componentes demográficas las que se alteran creando con ello una depresión en el balance vegetativo de gran calado, muy cercana a la que tuvo lugar en torno a 1804. Todo parece apuntar que, frente al carácter epidémico de 1809, en 1812 lo que determina la depresión es fundamentalmente la hambruna que se extiende por la región extremeña y por el resto de España.

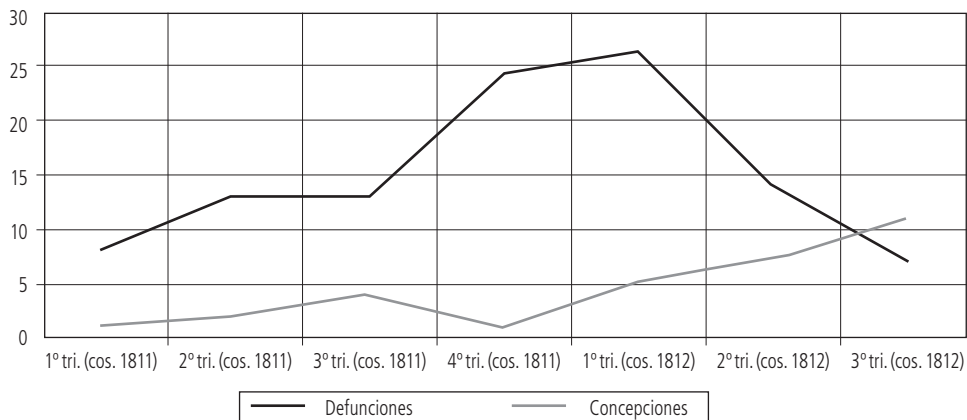
³¹ En investigaciones previas a ésta hemos detectado la poca tendencia de los párrocos de la provincia de Cáceres a consignar las causas de la muerte durante estas dos primeras décadas del ochocientos. *Cfr.* CLEMENTE FUENTES, L. (1992), pp. 144 a 185.

³² Véase, por ejemplo, para el caso de Navarra: MARTÍNEZ ARCE, M.^a D. (2001), pp. 220-224.

³³ Información tomada de PÉREZ MOREDA, V. (1980), p. 387, nota 378.

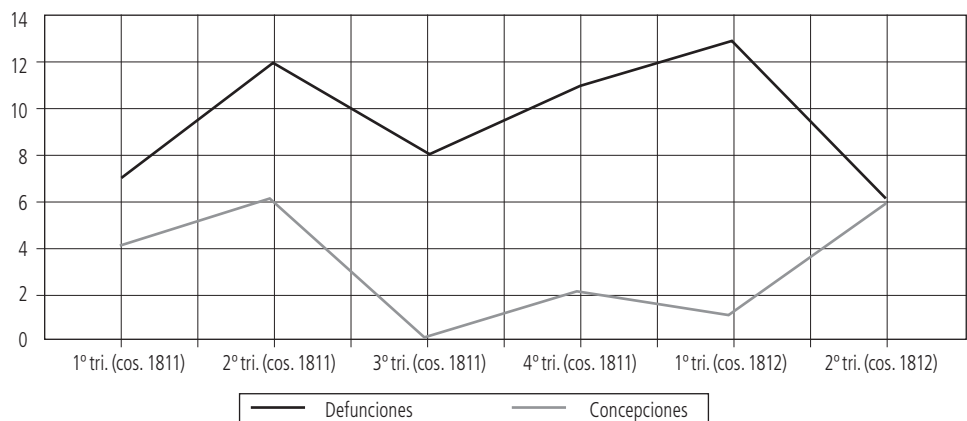
Si hacemos coincidir las concepciones y los fallecimientos con el ritmo cosechero, podemos detectar con mayor facilidad la influencia que la producción de 1811, responsable principal de la hambruna, tiene sobre ambas componentes demográficas. Los datos, agrupados en trimestres cosecheros –el primero se inicia tras la recogida de la cosecha, englobando los meses de agosto, septiembre y octubre– de tres de los municipios afectados por la crisis (Zarza de Granadilla, Guijo de Galisteo y Galisteo), aparecen dibujados en los diagramas siguientes.

GRÁFICO 8
CRISIS DE 1811-12. ZARZA DE GRANADILLA



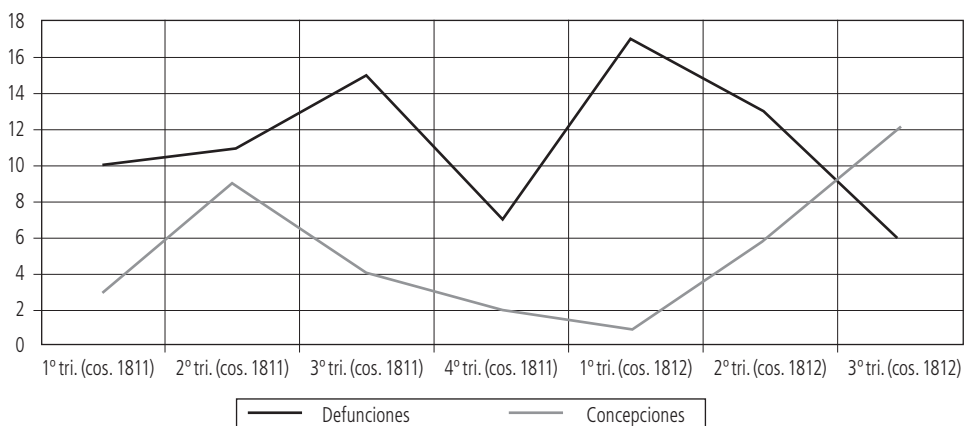
De este municipio tenemos constancia de la parquedad de la producción de trigo de la cosecha de 1811. Las consecuencias que sobre la población tuvo parecen evidentes en el gráfico superior. Las concepciones sufren una fuerte contracción que acaba desencadenando casi una parálisis en los meses de soldadura. La trayectoria inversa es la seguida por los fallecimientos que también alcanzan los máximos en el verano de 1812. La recuperación del saldo favorable no tiene lugar hasta el invierno de ese año.

GRÁFICO 9
CRISIS DE 1812. GUIJO DE GALISTEO



El proceso se repite en Guijo de Galisteo. En él resulta muy patente la enorme depresión que sufren las concepciones cuando las reservas de trigo estaban ya exhaustas y los elevados precios del pan dificultaban el acceso al mismo de la mayor parte de la población. El invierno de 1812 permitirá ya iniciar la recuperación del ritmo demográfico favorable.

GRÁFICO 10
CRISIS DE 1811-12. GALISTEO



También en Galisteo los nacimientos sufren una gran contracción, siendo de nuevo ilustrativo el retraimiento de las concepciones en el 3.º y 4.º trimestre cosechero. Aunque las defunciones sufren un descenso en los meses de mayo a julio de 1812, es una recesión claramente coyuntural, ya que la subida es vertiginosa en lo que resta de año. También en este municipio la recuperación de las curvas no tiene lugar hasta avanzado el invierno de 1812.

Los datos de los Libros Parroquiales de los tres pueblos nos informan de cómo las celebraciones matrimoniales sufren en ellos un retraimiento a lo largo de 1812.

Todos los datos resaltan, por tanto, la importancia que tuvo el hambre en esos comportamientos demográficos. Aunque no nos ha quedado constancia de las causas de muerte de esos años, sí que nos encontramos con algunas expresiones que los párrocos dejan escritas en algunas de las partidas de defunción de esos meses y que parecen apuntar cómo muchos fallecimientos se producían sencillamente “de necesidad”. Nos referimos a la proliferación en partidas de defunción de expresiones como “pobre”, “de necesidad”, “de miseria”, “hallado muerto de hambre”, etc. En algunos casos parece deducirse que el párroco quisiera dejar constancia de que era una casuística “no clínica” la que había desencadenado el fallecimiento. Así, el párroco de Casatejada, aparte de describir la situación calamitosa de 1812, nombra a 8 personas que fallecieron *de necesidad* en el mes de marzo y además cuantifica un número ciertamente elevado para el conjunto del año: “En el año de 1812 que valía un pan de trigo de dos libras, 12 reales, hubo muchas familias aún de las principales (...) que en tres meses no lo probaron, murieron de necesidad 68 personas”³⁴.

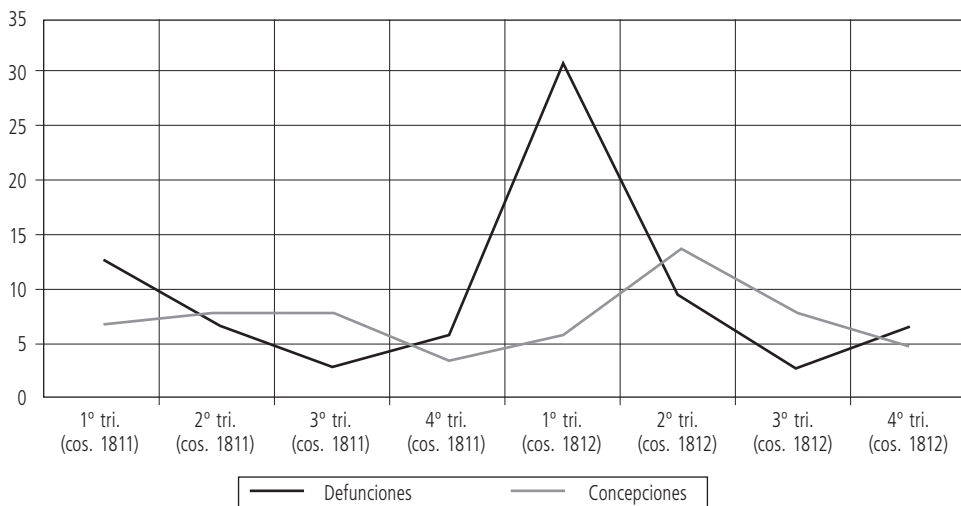
El ciclo de hambruna que se originó con motivo del déficit productivo de 1811 vio bastante prolongados sus efectos en el tiempo, cosa nada extraña si pensamos en el clima bé-

³⁴ A. P., Casatejada, *Libro de difuntos número 1*.

lico que reinaba por entonces en nuestro país. Para una gran parte de los habitantes extremeños no resultaba fácil recuperarse de las secuelas de la hambruna. Si a ello unimos las grandes posibilidades que reinaban para transmitir azotes epidémicos (presencia de tropas que transitan de un lado para otro; continua huida y trasiego de personas que tratan de alejarse de la propia miseria y del hambre), no resulta difícil imaginar que surjan brotes de ese calado en los meses o años inmediatos. Precisamente uno de los rasgos de esta mortandad de 1812 es que tiene cierta incidencia plurianual, ya que sus secuelas se prolongan en el tiempo desencadenando crisis de mortandad en meses posteriores. Las secuelas económicas de la misma incidieron de alguna manera en comportamientos de morbilidad y mortalidad de 1813.

Así sucedió en algunas de las poblaciones que hemos investigado, castigadas por azotes epidémicos influidos por la situación económica que les había precedido. Con secuelas de desnutrición, las infecciones anidan e incluso matan con mayor facilidad. No es extraño que encontremos algunos casos de sobremortalidad estacional en el año de 1813. Sirva como ejemplo el caso de Villa del Rey durante los meses de verano, en los cuales las defunciones se elevaron estrepitosamente, tal y como vemos en el diagrama inferior.

GRÁFICO 11
CRISIS DE 1812. VILLA DEL REY

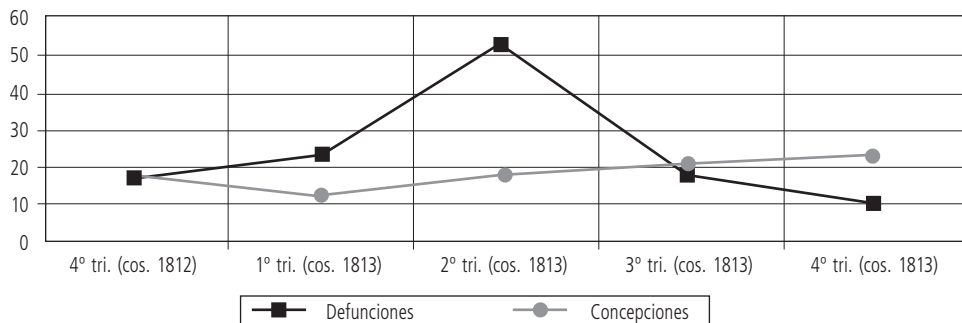


Llama también la atención lo acaecido en Cilleros en el invierno de ese mismo año, donde rompiendo el esquema estacional tradicional, la mortalidad infantil se dispara en forma de brote epidémico.

¿Qué clima presidió los comportamientos demográficos que acabamos de describir? ¿En qué condiciones se encontraba nuestra región a estas alturas de la contienda militar? Las respuestas a estos interrogantes son bastante fáciles de esbozar por cuanto que son muy numerosos los testimonios que nos acercan a la situación de hambre, miseria y desolación que rodeó y presidió la vida de aquellos difíciles años.

La crisis demográfica de 1812 aparece perfectamente encuadrada en una situación que podemos resumir de hambre y guerra. La guerra en sí misma ya lleva implícito el clima

GRÁFICO 12
AZOTE EPIDÉMICO DE 1813. CILLEROS



idóneo para generar lo que V. Pérez Moreda denomina “*síndrome de miseria*”³⁵. Esto es, la conjunción de una serie de factores (desorganización laboral, falta de trabajo, huidas masivas de la población, bandolerismo, incremento notorio del robo y el saqueo, la mendicidad como medio de vida, etc.) que unidos en este caso a la desnutrición, favorecen la elevación del número de entierros y la disminución de nacimientos.

Todos esos factores, que de alguna manera estuvieron presentes a lo largo de casi todos los años de la contienda, se acentúan en 1812 en virtud de la escasez y carestía que se desencadenan tras la cosecha de 1811. La escasez del frumento de ese año fue, según G. Anes, de mayor magnitud que la de 1803-4 y 1804-5³⁶. También para A. García Sanz la crisis de producción de 1811 en algunos pueblos segovianos fue más aguda incluso que la de 1804³⁷. Para J. Fontana el alcance de la misma llegó hasta varios países europeos³⁸.

El problema de esta crisis no radicó, probablemente, tanto en la producción como en la comercialización de lo recogido. El impacto de la guerra sobre la recogida, distribución y comercialización de los cereales multiplicó las consecuencias negativas del déficit productivo. Factores que actuaban como mecanismos correctores de la escasez, como la importación de granos y/o el desarrollo del propio comercio de ellos en el interior peninsular, se vieron prácticamente anulados con motivo de la contienda militar. Todos esos aspectos, actuando interrelacionadamente, contribuyeron a que los precios de los cereales, especialmente del trigo, alcanzaran subidas vertiginosas, muy cercanas, en algunos casos, a la gran crisis ya citada del primer quinquenio del siglo. Como indica Espadas Burgos, lo más significativo de esta crisis fue la confluencia en ella de la guerra, una grave tensión económica, malas cosechas, problemas de transporte y conflicto político, ingredientes cuya mezcla incrementa el potencial aislado de cada uno de ellos³⁹.

La importancia que el problema del abastecimiento llegó a tener en nuestro país era tal que, en vísperas de la primavera de 1812, el Gobierno Supremo lanza desde Cádiz a las Juntas Superiores una Orden en la que se hace eco de la magnitud que está alcanzando en esos me-

³⁵ Cfr. PÉREZ MOREDA, V. (1988), p. 729.

³⁶ Cfr. ANES ÁLVAREZ, G. (1970), p. 433.

³⁷ Véase GARCÍA SANZ, A. (1974), “Sobre la población de Segovia durante la restauración (1870-1900). Bautismos y defunciones en cinco parroquias urbanas”, en J. M. Jover Zamora, *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, p. 403, nota 9.

³⁸ Cfr. FONTANA, J. (1974), p. 40.

³⁹ Cfr. ESPADAS BURGOS, M. (1975), p. 142.

ses la *escasez de subsistencias*⁴⁰. En ella se alude a la incidencia que la guerra está teniendo tanto en la producción agrícola como en el comercio de ella. De esta manera la escasez de frumento no es sólo debida, según citada Orden, a lo floja que fue la cosecha pasada, sino también a la *ferocidad y espíritu de devastación que caracteriza a nuestros enemigos*, al hecho de que los labradores de las provincias ocupadas por los franceses mostrasen aversión a la siembra –persuadidos de que lo hacen *para sus opresores*– y al acaparamiento que los invasores habían hecho del cereal a fin de asegurar la *subsistencia de sus tropas*. Todo ello genera la carestía y las correspondientes dosis de *hambre y miseria* que, en palabras del legislador, todavía se elevarían más hasta la llegada de la siguiente cosecha.

Las informaciones que vertemos más adelante sobre producción y precios en pueblos cacereños, nos permiten hacernos una idea de los derroteros por los que transcurrió la crisis en ellos. Diferentes testimonios provenientes de los responsables políticos nos ayudan a completar la información acerca de la envergadura que la crisis tuvo en Extremadura. Algunos de estos escritos provienen de la Junta Suprema que operaba en ella. Éste es el caso del texto siguiente, en el que se alude a los estragos causados por los militares ya en el momento de llevarse a cabo la recogida del cereal:

*“La Junta Sup.or hace presente a V. M. que en el momento de principiarse la recolección –refiriéndose al verano de 1811– volvieron los enemigos ser. Badajoz y ocuparon toda la Prov.^a a excepción de este corto recinto donde se halla el Cuartel General del 5º Exto. y el Consejo de Guerra permanente...”*⁴¹.

Más adelante se ponen de manifiesto las enormes dificultades que se están encontrando para suministrar alimentos a la tropa: los únicos *Pueblos libres* de donde sacar la manutención del soldado eran *los pocos que comprende este partido del Tajo acá y alguno otro del de Cáceres*. Y de esos cuantos, muy poco alimento se podía extraer ya que se hallaban *pobres y apurados*⁴². La imposibilidad de obtener subsistencias en los pueblos estaba originando esta situación en los ejércitos españoles asentados en Extremadura:

*“En este cuartel general se han consumido diariam.te cien arrobas de harina, cincuenta de bacalao y otras tantas de arroz o su equivalente en carne de los restos de ganado qº. han quedado. Las raz.s en toda la prov.^a ascenderán a catorce mil pocas mas o menos y los soldados armados y vestidos apenas llegaran a dos mil. Los demás estan en cuadros, depositos o garrapatas, qº. hace mucho tiempo lo son y con aumento. Vnos y otros se hallan desnudos, sin armas y acabando de arruinar los Pueblos que ya no pueden mantenerlos. La adjunta copia qe. lo es de un oficio hecho a la Junta por el subinspector de caballería dará a V. A. idea del numero de cuadros que habrá, de su estado de indigencia. Y de la necesidad de tomar sobre esto alguna provid^a. Puesto qe. es imposible qe. Estos rejim.tos o esqueletos se llenen aquí”*⁴³.

Y es que a la quiebra de la agricultura, palpable en el verano de 1811, se había unido un incremento de la demanda militar. La recuperación de las posiciones del ejército extremeño hizo crecer sus necesidades de abastecimiento, entre ellas de trigo⁴⁴. Las exigencias del ejército eran tales que su demanda fue acompañada del establecimiento de un sistema de vigilancia

⁴⁰ A.H.P.C., Sección Archivos Municipales, Casar de Cáceres, *Orden de la Regencia del Reino sobre la escasez de las subsistencias dirigida a la Junta Superior de Extremadura*, Cádiz, 14 de marzo de 1812.

⁴¹ Cfr. GÓMEZ VILAFRANCA, R. (2008), pp. 389-390. El subrayado es nuestro.

⁴² Cfr. GÓMEZ VILAFRANCA, R. (2008), pp. 410-411.

⁴³ *Ibidem*.

⁴⁴ Cfr. SARMIENTO PÉREZ, J. (2008), p. 200.

destinado a que la recaudación se hiciera en toda regla⁴⁵. La Iglesia se queja más que nunca de las extracciones de grano de que está siendo objeto para la atención de los ejércitos⁴⁶.

Esa atención a las necesidades militares supuso durante la crisis un auténtico suplicio para muchos Ayuntamientos. Así se expresaba la Corporación de Casatejada en enero de 1812:

*“Y estando así juntos y congregados se propuso que siendo continuas e indispensables las contribuciones que esta Villa está sufriendo para la subsistencias de las tropas en medio de la extrema miseria a que ha quedado reducida por la disminución de más de las dos terceras partes de su vecindario, falta de ocupación y trabajo de la que ha quedado por la total ruina de la agricultura, disminución de bestias y ganados de toda clase y excesiva carestía de todos los comestibles, causas todas que hacen imposible la exacción al vecindario de cualquiera contribución que hubiere de cargarse para subvenir a los gastos continuos de suministros de tropas...”*⁴⁷.

Con la llegada del verano la situación incluso empeora. Los ediles de este pueblo se ven abocados a elevar un escrito a las *Cortes generales y extraordinarias* informándoles del *deplorable estado de los habitantes, de la total decadencia en la que se hallan con el motivo de la actual guerra y, por consiguiente, de la imposibilidad de poder contribuir con las sumas tan crecidas que se les asigna por contribuciones*⁴⁸.

En conclusión, la crisis demográfica de 1812 es la respuesta casi natural de los habitantes extremeños a un entorno repleto de hostilidades y carencias. En las páginas que siguen podremos ver con mayor precisión la cruda realidad que les impuso, durante muchos años, la escasa disponibilidad del componente fundamental de su dieta alimenticia. Había poco pan y, por consiguiente, era caro.

6. LOS RASGOS DE LA PRODUCCIÓN COSECHERA DURANTE LOS AÑOS DE GUERRA

Únicamente desde el enfoque local pueden ser valoradas las afirmaciones que sobre producción vamos a verter en las páginas que siguen. Somos conscientes de las limitaciones que conlleva hablar de rendimientos cerealísticos con los datos que aquí manejamos. Por ello queremos insistir, aunque pequemos de reiterativos, en que la finalidad que pretendemos con este análisis no es tanto hablar de magnitud de producción como del peso relativo de la misma en función de la trayectoria que sigue a lo largo de las dos primeras décadas del ochocientos.

Estos primeros años son especialmente convulsivos en lo que a cosechas de cereales se refiere, ya que en ellos afloran de manera genérica crisis agrarias de las de viejo cuño. En ámbitos locales las irrupciones críticas fueron, sin duda, en mayor número. Es precisamente dicha circunstancia de presencia de crisis conjuntamente con otros aspectos referidos a acontecimientos políticos, sociales y militares, lo que convierte a la producción cosechera de esos años en una información de gran valor para el análisis económico del momento.

Las investigaciones sobre la productividad cerealística de 1803 a 1805 han sido muy prolíferas. No es así en el caso de la que presidió el bienio 1811-1812. En esta segunda las dificul-

⁴⁵ *Ibidem.*

⁴⁶ El administrador del Real Noveno Extraordinario y demás rentas decimales pertenecientes a las dignidades de Coria, expone a la Junta Suprema de Extremadura (Comisión de Justicia), todo un conjunto de quejas acerca del la apropiación de dichos granos por parte de las justicias locales. *Cfr.* SARMIENTO PÉREZ, J. (2008), pp. 363 a 366.

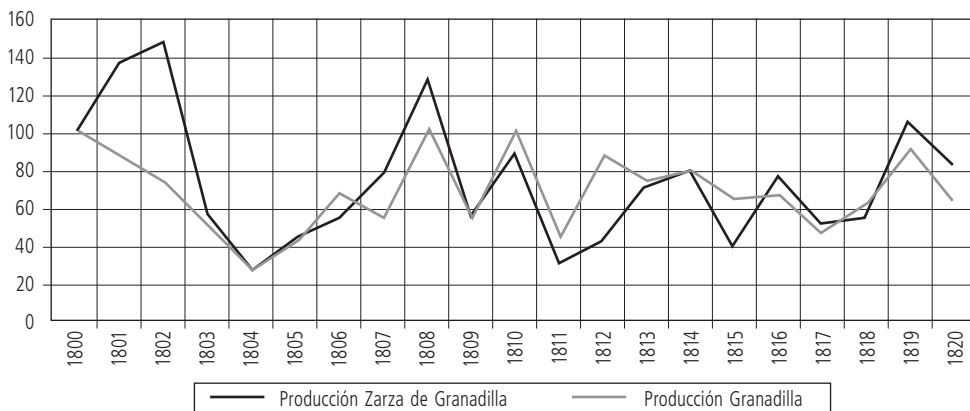
⁴⁷ A.M., Casatejada, *Actas del Pleno*, sesión del 7-1-1812.

⁴⁸ A.M., Casatejada. *Actas del Pleno*, sesión de 5 de julio de 1812.

tades que se derivan del propio registro original de datos económicos así como de la propia conservación de los mismos, cuestiones ambas presentes en ella por motivo de hallarse en medio de la Guerra de la Independencia, juegan a favor de ese mayor desconocimiento de la misma con respecto a la de 1803-1805. Sin embargo no por menos conocida deja de ser relevante, tal como comprobaremos en los párrafos siguientes para una muestra de pueblos cacereños.

Para el acercamiento a lo que fue la evolución de la obtención de cereales en ese contexto geográfico durante la Guerra de la Independencia, hemos recogido informaciones plasmadas por los párrocos de los pueblos en los Libros de Tasmías. En concreto hemos vaciado las informaciones vertidas en citados libros pertenecientes a las parroquias de Zarza de Granadilla y Granadilla, localidades colindantes en su ubicación geográfica. Ello nos va a permitir comprobar cómo se daban diferencias locales merced sin duda a lo primitivo del ejercicio agrícola y a la enorme dependencia de éste de factores incontrolables como los atmosféricos. De la primera hemos recogido el grano recolectado en concepto de Diezmos y Primicias y de la segunda la recepción hecha afecta únicamente al primero de esos impuestos. Con esos datos hemos procedido a elaborar el dibujo que aparece expuesto a continuación.

GRÁFICO 13
PRODUCCIÓN DE TRIGO. GRANADILLA Y ZARZA DE GRANADILLA



FUENTES: A.D.C. Granadilla. *Libro de Tasmías* n.º 2. Zarza de Granadilla, *Libro de Cilla* n.º 2. Elaboración propia.

Se ve con claridad el gran paralelismo que hay entre el recorrido que hacen ambas curvas. Dicha manifestación es únicamente rota en un momento, el que tiene lugar en los primeros años del trayecto. 1801 y 1802 parecen, en efecto, tener una tendencia opuesta en esos pueblos y para la que únicamente encontramos la explicación de las diferencias de producción que pueden darse entre términos municipales diferentes, o bien que durante esos dos años la parroquia de Zarza hubiere incrementado la extensión de las tierras sobre las que se aplicaba el impuesto⁴⁹.

El itinerario de las dos líneas muestra un período marcado por un ritmo de producción oscilante. Este aspecto cobra sentido en los casos de las pequeñas diferencias que se dan entre unos años y otros, propias de contextos locales como los que manejamos, muy sensibles a las

⁴⁹ Este hecho únicamente lo presumimos, ya que no queda constancia en el libro parroquial de que se produjese esa circunstancia.

variaciones. Aparte de esas oscilaciones anuales, la tendencia general parece inclinarse hacia la estabilidad productiva a lo largo de las dos décadas. El proceso se rompe con motivo de las fuertes bajadas de producción que al parecer se dieron entre 1803 y 1806. La magnitud de las mismas genera en el dibujo una enorme depresión.

En lo que atañe a los años que más nos interesan, parece que el repliegue de la producción no llegó a los niveles de la crisis que acabamos de referir. Es cierto que el valor de 1811 se acerca mucho al de 1804; sin embargo parece tener un carácter claramente coyuntural –al menos eso es lo que se deduce de los datos de Granadilla–. En Zarza la situación fue un poco peor, ya que el bajo rendimiento se prolongó durante el año siguiente. Tras la finalización de la Guerra únicamente el año de 1815 registra, también en Zarza, una pequeña fluctuación negativa.

Ante este panorama general parece que el déficit cosechero de trigo fue bastante mayor en 1804-1806 que en 1811-1812. Esta afirmación se vería aún más reforzada por el hecho de que el concepto que reflejan las curvas, la percepción del impuesto eclesiástico, sufriera algunos expolios previos a la anotación parroquial, durante 1811-12, merced a la acción militar. Es más, la propia percepción del mismo a los labradores no contaba con el ambiente más propicio para su materialización. Las huidas del pueblo de la población no favorecían el control que la recepción del impuesto requería.

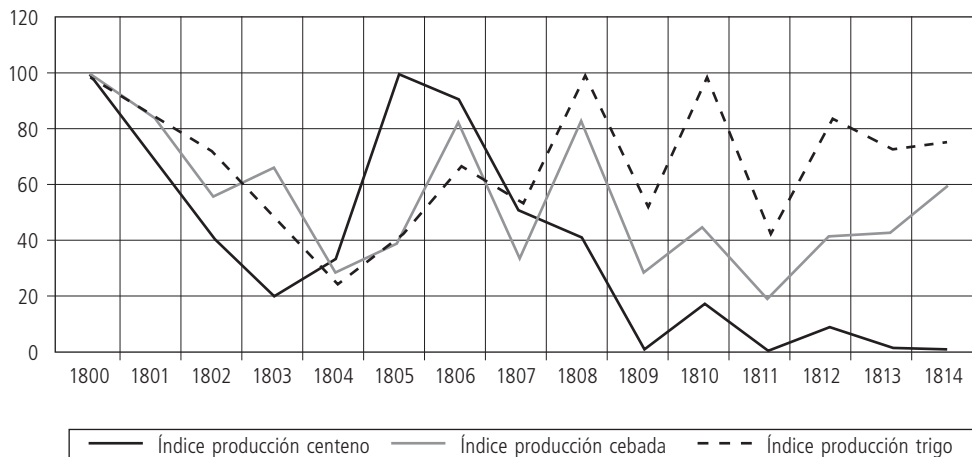
La relación entre precios y producción no parece ser la misma en la crisis de 1804 que en la de 1812. La subida que los precios sufren en 1811 y 1812 es más alta que la que tiene lugar en 1804, si nos atenemos a la relación proporcional entre producción y precios. Volveremos con este interesante asunto más adelante, ya que resulta fundamental reflexionar sobre la importancia que pudo tener el impacto de la guerra en esa relación.

Para poder profundizar un poco más en la incidencia que la guerra pudo tener en la cantidad de grano entrojado, hemos recabado datos de producción de otros cereales no propios del consumo humano, como son el centeno y la cebada. La información proviene de la misma fuente documental anteriormente citada y pertenece también a la misma localidad. De nuevo reflejamos en el gráfico 14 los resultados obtenidos.

El paralelismo en la evolución de los tres cereales es bastante grande hasta que irrumpe la lucha armada. A partir de 1808 el trigo manifiesta las dos fluctuaciones a la baja de 1809 y 1811, pero no denota un signo claro de declive productivo. En cambio, esta bajada sí se sucede en el caso de los otros dos cereales, especialmente el de la cebada. La cantidad de centeno entrojado sufre un descenso considerable a partir de 1809, coincidiendo con la llegada masiva de tropas militares. Únicamente en el último año parece iniciar la recuperación. La trayectoria que sigue la cebada es aún peor ya que su recepción pasa a ser simplemente simbólica en los últimos años de la contienda militar. Pensamos que este drástico descenso de los cereales vinculados a la alimentación de los ganados guarda una estrecha conexión con la gran cantidad de tropas que transitan y se aposentan en los territorios extremeños durante la guerra independentista. Era muy frecuente que los animales de los ejércitos simplemente pastaran en los propios sembrados, consumiendo las semillas antes de su recogida. La cuantía de lo recogido y entrojado y, por tanto, de lo sujeto a la deducción diezmal, se veía por este motivo notoriamente mermada.

Por tanto, aunque la producción potencial de estos cereales fuera buena, la disposición que de ella se tenía para el surtido de las familias quedaba muy lejos de esa cuantía. Digamos que se perdía previamente por el camino. Cuando a esa circunstancia se unía la propia escasez que ya la cosecha traía, la situación empeoraba aún más, pues con la miseria existente había que seguir cubriendo las necesidades de las caballerías y demás animales de la tropa. Esto es lo que pasó, por ejemplo, con motivo de la parca cosecha de 1811. En el invierno

GRÁFICO 14
PRODUCCIÓN DE TRIGO, CEBADA Y CENTENO. GRANADILLA



FUENTE: A.D.C. Granadilla. *Libro de Tasmías* n.º 2. Elaboración propia.

subsiguiente a ella el Ayuntamiento de Brozas se ve imposibilitado de suministrar cebada a las tropas acantonadas en su entorno, debido al *estado de inopia y escasez* que había de ese cereal en el pueblo⁵⁰.

Conocidos los rasgos generales que caracterizaron a la producción cerealística en las primeras décadas del siglo, nos preguntamos para terminar con este tema, por el grado de vinculación que esos resultados pudieron tener con la evolución demográfica vista en la primera parte del artículo. La respuesta a esta reflexión ya ha quedado de alguna manera esbozada en el análisis que se ha realizado acerca de la crisis de 1812. En ella hemos podido ver la gran conexión que había entre producción y crecimiento vegetativo. No obstante, y con el fin de quedar constancia de ese nexo a lo largo de toda la etapa que de manera general ha sido planteada en estas páginas, se recogen en el ANEXO inserto al final unos gráficos que nos permiten verla para todos esos años. El análisis en profundidad de los mismos sería ya objeto de otro estudio diferente.

7. LOS PRECIOS DEL TRIGO Y DEL PAN DURANTE LOS AÑOS DE GUERRA

La información cerealística se completa con la proveniente de los precios que alcanzaban esos productos a la hora de someterlos a la actividad de compra-venta. En estos momentos, de ellos nos interesa destacar las fluctuaciones que acusan en el tramo que analizamos. Tales variaciones son fundamentales si queremos analizar los cambios que coyunturalmente se producen en los momentos de convulsión política y social del marco temporal del presente trabajo. En aquellas coyunturas especialmente críticas como las presididas por crisis de subsistencias,

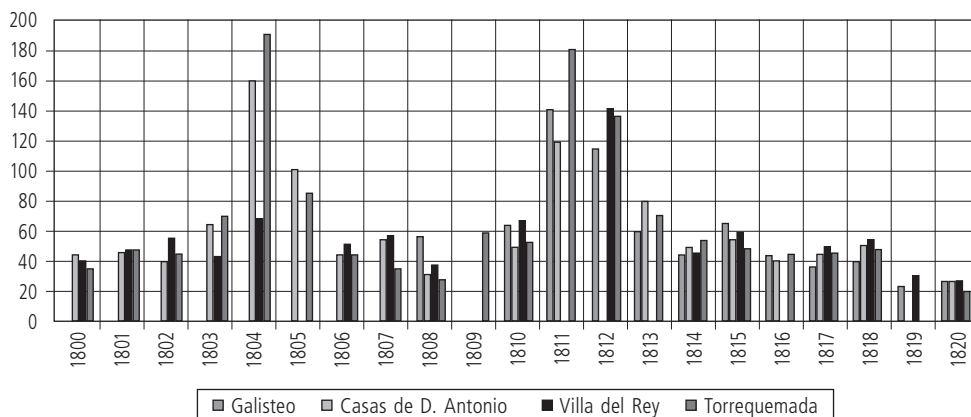
⁵⁰ A.H.P.C., Brozas, Caja 54. *Diligencias practicadas a virtud de acuerdo de la Comisión de Subsistencias sobre averiguaciones de venta de raciones suministradas a individuos de las Compañías Provisionales acantonadas en esta Villa y otros particulares*. Acuerdo del día 23 de diciembre de 1811.

el estudio acerca de las fluctuaciones de los precios se hace imprescindible, especialmente la detección y explicación de los momentos de auge y depresión.

Centrándonos en el cereal panificable por excelencia, el trigo, hemos recogido los precios a los que lo vendían los párrocos de varias localidades cacereñas. Estos eclesiásticos ponían a la venta cada año toda o una parte del grano triguero que recibían de la participación que se hacía del impuesto eclesiástico diezmal. Las poblaciones estudiadas y los extremos temporales de cada una son las de Casas de D. Antonio (1800-1820), Villa del Rey (1800-1820), Torrequemada (1800-18120) y Galisteo (1808-1820). Con los valores extraídos de sus Libros de Cuentas de Fábrica hemos obtenido los datos que nos permiten ver cuál ha sido la evolución de los mismos durante esas dos décadas. En algunas de las series se produce un vacío de datos en determinados años, debido a que en él la parroquia no vendió nada de trigo. El motivo era que la cosecha había sido tan escasa que no generaba, después de deducir las cuantías destinadas a los gastos de administración, nada o casi nada de superávit para la venta.

El resultado de todos ellos aparece en el gráfico 15. En él se puede comprobar el gran paralelismo que hay en el proceso evolutivo de los precios de las cuatro localidades. La coincidencia en los años de máximo y de mínimo valor es total. Esto no implica que no hubiera diferencias, algunas especialmente significativas, entre los precios que se daban entre esas poblaciones. Estas diferencias se acentúan cuando llegan los momentos críticos como los que se producen durante las dos grandes crisis de subsistencias que jalonan este período. Así, en 1804, en Villa del Rey el trigo se vende a 100 reales mientras que en Torrequemada ese precio casi se duplica. En 1811-12 las oscilaciones son del orden de un 70%. Todo ello pone de manifiesto la falta de articulación en el mercado y la baja comunicación comercial entre comarcas, características que se acentúan en los momentos de mayor escasez. La solución local para regular las transacciones trigueras era la única vía de escape de que se disponía. Los precios no tenían más remedio que establecerse en función de la producción local o, a lo más, comarcal. Durante los años de la guerra esas variaciones entre los precios siguen estando presentes en la misma medida, no detectándose un especial agravamiento de las mismas.

GRÁFICO 15
EVOLUCIÓN DE LOS PRECIOS DEL TRIGO EN 4 PUEBLOS (1800-1820)



PERÍODOS: Galisteo: 1808-1820, en los otros tres: 1800-1820.

FUENTES: A.D.C., Galisteo, Casas de D. Antonio, Villa del Rey y Torrequemada. *Libros de Cuentas de Fábrica*. Elaboración propia.

Los valores que se manejan se refieren siempre a precios que podemos considerar como máximos para el año cosechero. Hay que recordar que la Iglesia tenía establecido que las ventas de sus almacenes se hicieran siempre en los catalogados como “meses mayores” o de “soldadura”, es decir aquéllos en los que las reservas cerealísticas se hallaban al mínimo nivel y por lo tanto los precios de compra-venta adquirirían el máximo valor.

Tras estas observaciones preliminares, pasamos a analizar la información reflejada en el gráfico.

Los datos expuestos dejan ver con claridad la estrecha correlación de esos valores con los que sobre producción hemos expuesto en el apartado anterior. A los dos grandes declives en la producción triguera le acompañan precios desorbitados de dicho cereal. Incluso se da cierta relación entre la subida de la producción de los dos últimos años de la serie analizada, en Zarza de Granadilla y Granadilla, con la bajada de los precios de esos años que detectamos en el presente gráfico.

La curva parece dibujar con cierta nitidez dos rasgos significativos con respecto a los precios del cereal panificable. El primero es la emergencia de esas dos grandes fluctuaciones al alza. El segundo es el mantenimiento del nivel de dichos precios con que arranca el siglo hasta 1818. Únicamente los dos últimos años de la curva anuncian ya una bajada significativa de los mismos.

Parece evidente que las dos grandes cumbres que presiden el período lo determinan a tal nivel que hacen que la balanza del mismo se incline hacia unos años de precios caros para el trigo. La fluctuación de 1804 es superior a la que tiene lugar durante el proceso bélico. En las poblaciones investigadas el precio del trigo de 1804 no es alcanzado ni en 1811 ni al año siguiente. Sin embargo, no puede ser infravalorada la segunda elevación, ya que los precios altos se mantuvieron en ella prácticamente durante dos años seguidos. Aunque la cumbre de ésta no alcanzó tanta altura como la de 1804, el descenso fue menos acelerado, con lo que la depresión económica seguía siendo relevante. A ello hay que unir las diferencias en cuanto a las circunstancias sociopolíticas que rodearon a ambas elevaciones. La segunda tiene que ser vivida en medio de un conflicto bélico, asumida por una sociedad sometida a una fuerte presión fiscal que permitiera sostener a unos ejércitos, así como a acciones de saqueo y destrucción.

Si nos centramos en el transcurso de los precios dentro de los años de guerra, veremos que las fluctuaciones que se alcanzan durante ese tiempo son bastante significativas. En todos los pueblos el valor más alto se sitúa en 1811, excluyendo a Villa del Rey de la que no tenemos datos ese año. Por lo que respecta al mínimo, éste varía de unas localidades a otras. La tabla 5 refleja los niveles de fluctuación alcanzados en cada municipio.

TABLA 5
FLUCTUACIÓN DEL PRECIO DEL TRIGO DURANTE LA GUERRA

	<i>Año del precio más bajo</i>	<i>Año del precio más alto</i>	<i>Fluctuación</i>
Casas de Don Antonio	1808	1811	275,3
Torrequemada	1808	1811	539,6
Villa del Rey	1808	1812	268,4
Galisteo	1814	1811	204,3

FUENTES: A.D.C. *Libros de Cuentas de Fábrica*. Elaboración propia.

¿Qué se esconde detrás de esas fluctuaciones? El inicio de la guerra coincide con un precio del trigo que podemos considerar bajo en relación con el panorama que ofrece el de-

cenio precedente. Pero es interrumpido inmediatamente de tal manera que 1809 ya registra en todos los pueblos analizados una subida. Si volvemos a la producción veremos que la cosecha de 1808 no es mala, y sin embargo los precios de venta de esa recogida suben en la primavera-verano siguiente. Hay que pensar que el asentamiento militar por esas fechas era ya patente y que el mismo estaba ya causando importantes estragos, tanto desde el punto de vista de acaparamiento de granos como del incremento de la demanda del mismo por motivo del consumo, así como destrozos en los recursos existentes, ya sea en forma de sembrados, ya de granos.

La perturbación que la irrupción de la guerra supone en el comercio de granos es muy grande. Pensemos en la disminución de los propios medios materiales necesarios para el transporte de granos merced a la requisita continua por parte del ejército, de animales de carga y de carros y carretas. No olvidemos tampoco las dificultades de transitar por las vías, ya por inseguridad, ya por ocupación por parte de las propias tropas militares, ya por destrozos en las mismas –especialmente en el caso de los puentes– y descuidos en su conservación. Fueron todos ellos factores que llegaron a tener mucha más relevancia que las escasas medidas que pudieran darse para favorecer el intercambio comercial.

De otro lado estaba la perturbación que tenía que ver con la relación oferta-demanda. Por un lado, la guerra contribuye a disminuir la oferta de granos al empeorar las condiciones de la propia producción, las del almacenaje de los mismos y, por supuesto, la propia disponibilidad para la venta. No olvidemos que cualquier asentamiento de militares de un pueblo conllevaba como mínimo acaparar las existencias cerealísticas que en él se encontraban. Todos los investigadores sobre esta contienda coinciden en señalar que los ejércitos que en ella intervinieron, ya como invasores, patriotas o aliados, vivían de lo que acaparaban en los lugares en los que se aposentaban. Ello implicaba que tenían que obtener de esos sitios todo tipo de cereales para alimentar a la tropa (trigo, especialmente) y a los propios animales de los que se servía el ejército para luchar y transportar sus propios enseres (cebada, avena, centeno, etc.). El requisamiento de granos estaba, pues, a la orden del día. Lo mismo podemos decir acerca de los actos de vandalismo (saqueos de graneros, corrales, almacenes, etc.) y destrozos de sembrados causados por los integrantes del ejército invasor.

Los indicios apuntan a que en algunos lugares la cosecha de 1809 fue inferior a la precedente. Es muy probable que los efectos del saqueo de los campos de cultivo influyeran en ese menor rendimiento cosechero. Lo cierto es que el precio del trigo siguió subiendo hasta alcanzar su cuota máxima en 1811. Este dato estaba ya especialmente influido, además de por el contexto de desorganización que la guerra había ido creando, por la escasez de la cosecha que se avecinaba. Y así sucedió con el grano entrojado en el verano de 1811. La elevación de los precios del trigo se mantendrá a lo largo de todo el año siguiente y el precio, no muy inferior al centenar de reales la fanega, se prolongará incluso durante el año de 1813.

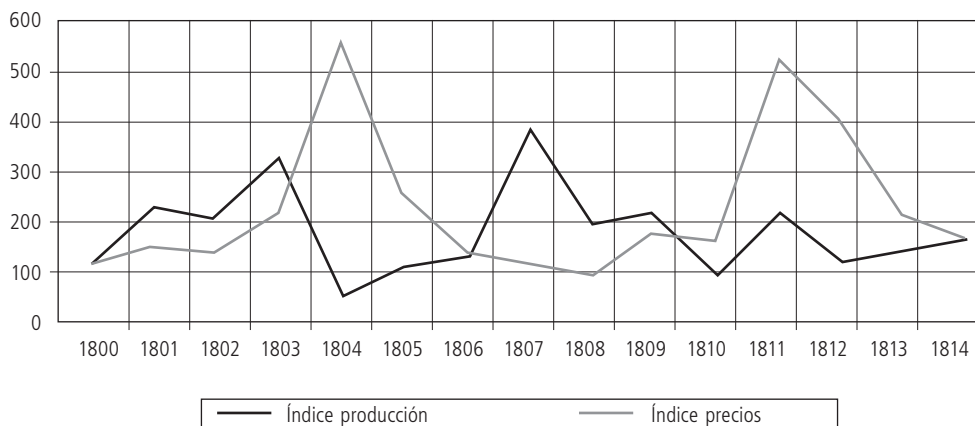
La finalización de la guerra supondrá el inicio del descenso de los precios que será muy lento pero progresivo y que se asentará definitivamente en los primeros años de la década de 1820.

Buena parte del interés de estos datos que estamos comentando radica en los siguientes interrogantes: ¿la diferencia en la elevación de los precios entre la crisis de 1804 y la de 1811 se corresponde con la que hemos detectado en la producción? ¿Hasta qué punto hubo menor producción en 1811 con respecto a 1804? ¿Esa diferencia se tradujo proporcionalmente en los precios? ¿Qué papel pudo desempeñar la guerra en ese diferente comportamiento en la relación producción-precio de compra-venta?

Si establecemos la interrelación entre producción y precios en un marco espacial definido –una localidad–, a lo largo de las dos grandes fluctuaciones que hemos detectado, podemos

acercarnos a vislumbrar posibles diferencias en los compartimentos habidos entre ellas. De acuerdo con ello hemos procedido con informaciones pertenecientes a la localidad de Torrequemada, a establecer el recorrido temporal de ambas variables, precios y producción. El dibujo siguiente nos permite comprobar el resultado obtenido.

GRÁFICO 16
PRODUCCIÓN Y PRECIOS DEL TRIGO. TORREQUEMADA



FUENTES: A.D.C., Torrequemada. *Libro de Cuentas de Fábrica* n.º 2 y *Libro de Cilla* n.º 4. Elaboración propia.

No consta más que para 1809, óptimo en cuanto a producción, informaciones del anotador parroquial referentes a la presencia de tropas en el término municipal que afectaran a la recogida del impuesto eclesiástico, por lo que hemos de presumir que los datos del gráfico reflejan bastante bien la realidad de las cosechas en los años del conflicto bélico.

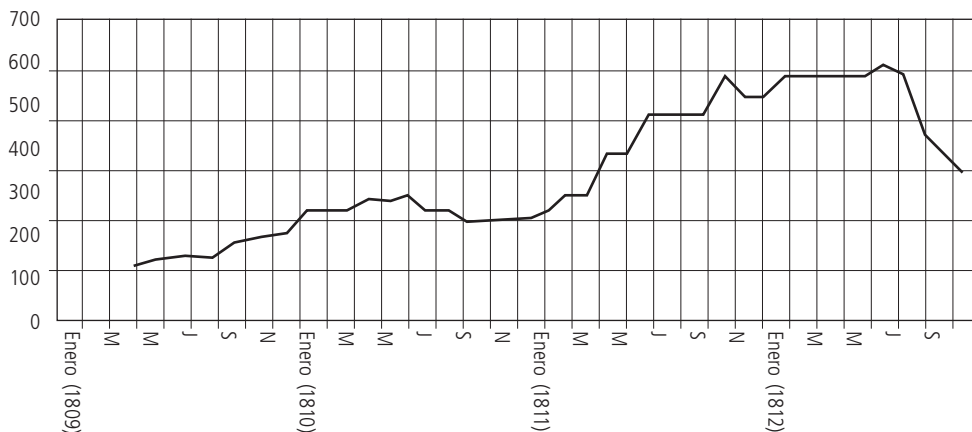
Tanto en la primera depresión productiva de 1804-1806 como en la siguiente, de 1810-1813, son varios los años afectados. No obstante, la depresión productiva que tiene lugar durante la contienda parece tener menos alcance que la primera. Aún siendo esto así, los precios se mantienen por más tiempo elevados durante esta segunda crisis. El máximo valor de 1804 desciende inmediatamente al año siguiente, e incluso baja a precios que podemos considerar normales al otro año. Este ritmo descendente no es seguido por la crisis de 1811. En ésta la elevación se sigue manteniendo con mucha intensidad al año siguiente e, incluso, dos años después estamos hablando aún de precio elevado. La normalización no tendrá lugar hasta tres años después del alza.

Parece, pues, que la guerra jugó un papel importante a la hora de elevar los precios del trigo. El incremento de la demanda y a la presencia de la escasez hubieran necesitado de una seria intervención administrativa destinada a provocar las importaciones del cereal. El desajuste político no permitió tales hechos y los precios alcanzaron valores desorbitados para unas economías familiares exhaustas tras varios años de asedio y lucha.

Toda esta elevación del precio del trigo tuvo como primera consecuencia directa la subida del alimento que se obtenía de su transformación, el pan. Dicho alimento sufre una subida constante y vertiginosa a lo largo de toda la contienda. El ejemplo que exponemos, referido al municipio de Herrera de Alcántara, resulta muy clarificador al respecto. No es el pan el único producto alimenticio que se veía afectado, sino que la carestía se extendía

por todos ellos, tal y como se ponen de manifiesto por J. García Pérez para la ciudad de Badajoz⁵¹.

GRÁFICO 17
PRECIO DEL PAN EN HERRERA DE ALCÁNTARA
DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA (ÍNDICE 100 = ENERO DE 1809)



FUENTE: A.H.P.C., Sección Archivos Municipales. Herrera de Alcántara. Caja 13. *Suministros y bagajes*. Elaboración propia.

Los datos abducidos para la confección del gráfico han sido extraídos de los precios a los que el Ayuntamiento de esa localidad fijaba el pago de las raciones de pan que se suministraron a las tropas en esos años. A través de ellos se puede comprobar cómo la subida de ese alimento comienza a emerger ya en los primeros años de la invasión francesa. El coste del pan durante la primavera de 1809, ya supone una cierta elevación con respecto al que tenía en el mes de enero de ese año. En diciembre este precio inicial ya casi se ha duplicado. El año siguiente sigue registrando precios elevados, pero con el rasgo genérico de estancamiento contenido. Éste únicamente se rompe en los meses “mayores”, entre abril y junio, al coincidir con la etapa de mayor escasez de trigo, ya que las reservas de la cosecha pasada se hallaban agotadas y todavía no se había iniciado la trilla de la nueva.

La buena cosecha de 1810 contribuye al mantenimiento, hasta febrero del año siguiente, de ese precio en el pan que se cuece en Herrera de Alcántara. Sin embargo, a partir de esa fecha se inicia una subida vertiginosa que se prolongará hasta el máximo que se da en el mes de junio del año de 1812.

En la primavera de 1811 se unen la situación de la reserva triguera –muy floja, sin duda– y las expectativas negativas que ya despierta la nueva cosecha que se avecina. Recolectado y trillado el trigo de ésta y comprobado con ello la parquedad del entrojado, el precio del pan se dispara y alcanza al final del año cosechero el desorbitado precios de 214 maravedíes. Recogida la cosecha de 1812 se inicia el descenso, si bien los datos de los que disponemos parecen hacernos ver que tal proceso se llevó a cabo de una manera bastante ralentizada.

⁵¹ Cfr. GARCÍA PÉREZ, J. (2008), pp. 101 y 102.

La enorme fluctuación que, según acabamos de ver, alcanzó el precio del pan entre enero de 1809 (36 mrs.) y junio de 1812 (214 mrs.), nada menos que del 494,4%, es un indicio claro de la confluencia de dos factores que al darse de manera aunada, multiplican sus efectos. Esta carestía que acabamos de comprobar es fruto, sobre todo, de la actuación conjunta del déficit cosechero y la guerra. El primero ponía la mayor parte de las bases; la segunda la alimentaba, la favorecía impidiendo que pudiera ser combatida con ciertas dosis de eficacia.

El resultado final era el balance demográfico al que nos referimos en la primera parte del artículo.

Al igual que hicimos con la producción, queremos terminar el análisis de los precios reiterando la extraordinaria relación que guardaron con el desarrollo demográfico que ha sido planteado en la primera parte del artículo. Ya vimos la conexión en el caso de la crisis demográfica de 1812. Para obtener una idea más completa de lo que fue esa conexión a lo largo de la trayectoria temporal que enmarca este trabajo, remitimos al lector a la lectura de los gráficos que conforman el ANEXO. En ellos podrá, al menos, hacerse una idea general en torno a cómo los desajustes en la elevación de los precios del trigo acababan por provocar casi siempre, de manera especial en los momentos de crisis generales, elevaciones de la curva de mortalidad.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Entendemos que de las páginas anteriores pueden extraerse algunas conclusiones que, a su vez, permiten quedar de manifiesto lo más significativo que se ha vertido en ellas.

Quizás la más global de todas sea que la confluencia de carestías, hambre, guerra y crisis demográficas, situación muy característica del Antiguo Régimen, ha tenido una manifestación claramente representativa en los pueblos extremeños analizados, durante los años de la lucha independentista.

Otras conclusiones pueden ir en esta línea:

- El conflicto bélico afectó al potencial demográfico de los pueblos extremeños analizados no sólo por el número de víctimas directas que causó, sino sobre todo por las que provocó de una manera indirecta y por aquellas vidas que impidió que llegaran a materializarse.
- El balance final que el comportamiento demográfico tiene durante la contienda es claramente negativo. La mortalidad actúa catastróficamente en dos ocasiones. Pero, sobre todo, hay un retraimiento notable de las concepciones durante todos los años que dura la contienda militar. Esta circunstancia nos lleva a achacar a esta variable la responsabilidad principal en ese balance global de signo negativo, siempre que prescindamos de las dos coyunturas de sobremortalidad, las de 1809 y 1812. En esta misma línea parecen apuntar investigaciones previas a ésta y referidas también a contextos rurales⁵².
- Siguiendo con esta cuestión nos preguntamos también acerca del papel que pudo jugar en ese retraimiento de la natalidad y de los enlaces matrimoniales durante toda la etapa de lucha, las depresiones demográficas que unos años atrás habían sufrido estas poblaciones. La estructura poblacional de los núcleos investigados no se encontraba precisamente en óptimas condiciones cuando el conflicto armado irrumpió. El debili-

⁵² Cfr. REHER, D. S. (1980), p. 66.

tamiento de las mismas era notable por cuanto que tenían muy reciente unos años demográficamente desastrosos.

- La depresión que tuvo la producción de cereales durante la contienda tuvo grandes repercusiones sobre la alimentación. La presencia del conflicto armado se encargó de que la escasez y la carestía que se derivaban de ese rendimiento productivo, se vieran bastante más incrementadas que lo que hubiera ocurrido en un clima de estabilidad social.

BIBLIOGRAFÍA

ANES ÁLVAREZ, G.

(1970, a): “La economía española (1782-1812)”, *El Banco de España. Una historia económica*, Madrid, pp. 233-260.

(1970, b): *Las crisis agrarias en la España moderna*, Madrid.

BERNAT I MARTI, J. S. y BADENES MARTÍN, M. A.

(1981): “Epidemias y hambre en la crisis del Antiguo Régimen valenciano. Estudio demográfico (1808-1814)”, en *Estudis d’Historia contemporania del País Valencià*, Valencia, pp. 117 a 136.

(1986): “Cronología, intensidad y extensión de las crisis demográficas en el País Valencià (siglos XVII-XIX)”, en *Actas de las Jornadas de estudio sobre la población valenciana*, Alicante, pp. 537 a 557.

BLANCO CARRASCO, J. P.

(1999): *Demografía, familia y sociedad en la Extremadura Moderna. 1500-1860*, Cáceres.

(2008, a): “Comportamientos demográficos de una ciudad en guerra. Badajoz (1808-1812)”, en M. Rodríguez Cancho (ed.), *La Guerra de la Independencia en Badajoz (1808-1814)*, Badajoz, pp. 63 a 88.

(2008, b): *La Guerra de la Independencia en Coria. Crisis y pervivencia del Antiguo Régimen*, Badajoz.

CLEMENTE FUENTES, L.

(1992): *Enfermedad y muerte en la provincia de Cáceres 1780-1950. Condicionantes higiénicos y sanitarios*, Tesis Doctoral, inédita, Cáceres.

ESPADAS BURGOS, M.

(1975): “El tema del hambre y la alimentación en la historiografía española. Fuentes y problemas metodológicos (siglos XVIII-XIX)”, en *Actas de las I Jornadas de metodología aplicada a las ciencias históricas*, Santiago de Compostela, pp. 139-151.

FONTANA, J.

(1974): *La quiebra de la Monarquía absoluta, 1814-1820*, Barcelona.

(1979): *La crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Barcelona.

GARCÍA BARRIGA, F.

(2005): *La Villa de Brozas en el Antiguo Régimen: evolución, demografía y estructura familiar*, Cáceres.

GARCÍA-MORO, C. E. y OLIVARES MARÍN, M. C.

(2008): “Contribución a la cronología de las crisis de mortalidad en la España interior: Calera de León (Badajoz), s. XVII al XX”, en *Revista de Estudios Extremeños*, vol. 64, n.º 1, pp. 89 a 118.

GARCÍA PÉREZ, J. y SÁNCHEZ MARROYO, F.

(1984): “Extremadura a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX: conflictos campesinos, crisis agrarias y crisis de subsistencias y agobios fiscales”, en *Norba* 5, Cáceres, pp. 213 a 233.

(1985): “Guerra, reacción y revolución (1808-1833)”, en J. García Pérez, F. Sánchez Marroyo y M.^a J. Merinero Martín, *Historia de Extremadura, IV. Los tiempos actuales*, Badajoz, pp. 651 a 758.

GARCÍA PÉREZ, J.

(2008): “Crisis económica, empobrecimiento ciudadano y quiebra de la hacienda municipal. Los efectos económicos de la Guerra de la Independencia en Badajoz”, en M. Rodríguez Cancho (ed.), *La Guerra de la Independencia en Badajoz (1808-1814)*, Badajoz, pp. 89 a 124.

GARCÍA SANZ, A.

(1977): *Desarrollo y crisis del A. Régimen en Castilla la Vieja. Economía y Sociedad en tierras de Segovia, 1500-1814*, Madrid.

GÓMEZ VILLAFRANCA, R.

(2008): *Extremadura en la Guerra de la Independencia. Memoria histórica y colección diplomática*, prólogo de Juan García Pérez, Sevilla.

MARTÍNEZ ARCE, M.^a D.

(2001): *Historia del Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Navarra (1899-2000)*, Pamplona.

MELÓN JIMÉNEZ, M. A.

(1989): *Extremadura en el Antiguo Régimen. Economía y sociedad en tierras de Cáceres, 1700-1814*, Badajoz.

MONTERO OMENAT, J.

(1991): *La población de Mérida (1.^a mitad del siglo XIX)*, Mérida.

NADAL, J.

(1976): *La población española (siglos XVI a XX)*, Barcelona.

PÉREZ MOREDA, V.

(1975): “El estudio evolutivo de la mortalidad: posibilidades y problemas planteados por los registros parroquiales del área rural segoviana”, en *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada de las Ciencias Históricas*, Santiago de Compostela, pp. 313 a 322.

(1980): *Las crisis de mortalidad en la España interior. Siglos XVI-XIX*, Madrid.

(1988): “Hambre, mortalidad y crecimiento demográfico en las poblaciones de la Europa preindustrial”, en *Revista de Historia Económica*, año VI, n.º 3, pp. 709 a 735.

REHER, D. S.

(1980): “La crisis de 1804 y sus repercusiones demográficas: Cuenca (1775-1825)”, en *Moneda y crédito*, n.º 54, Madrid, pp. 35 a 72.

RÓDENAS VILAR, R.

(1974): “Crisis de subsistencias y crisis política en Alicante durante la Guerra de la Independencia”, en J. M.^a Jover Zamora (dir.), *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona.

RUIZ RODRÍGUEZ, J. A.

(2006): *La población de Don Benito durante el siglo XIX: guerras, crisis de subsistencias y epidemias*, Don Benito.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, N.

(1975): *Jalones en la Modernización de España*, Barcelona.

SARMIENTO PÉREZ, J.

(2008): *La Junta Suprema de Extremadura en la Guerra de la Independencia española. Comisión de Gracia y justicia (1808-1812)*, Badajoz.

ANEXO

GRÁFICO 18
GRANADILLA. EVOLUCIÓN DE LA PRODUCCIÓN DE TRIGO
Y LAS DEFUNCIONES (ÍNDICE 100: 1800)

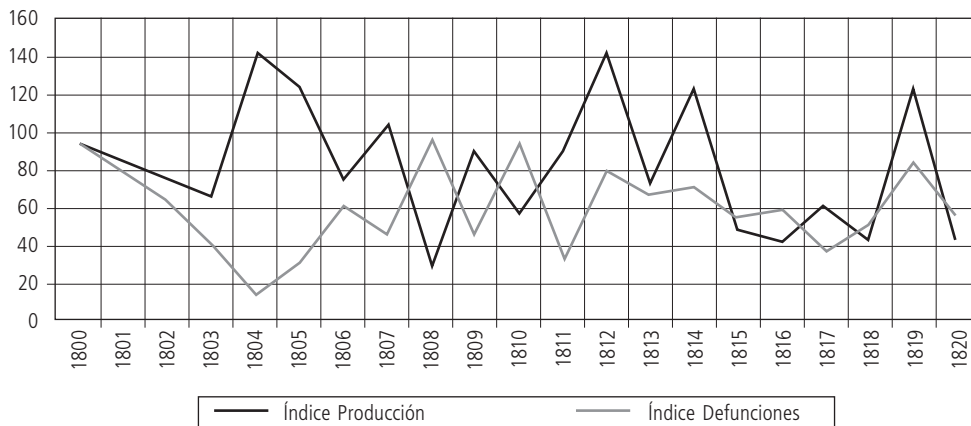


GRÁFICO 19
SIERRA DE FUENTES. EVOLUCIÓN DE LA PRODUCCIÓN DE TRIGO
Y LAS DEFUNCIONES (ÍNDICE 100: 1800)

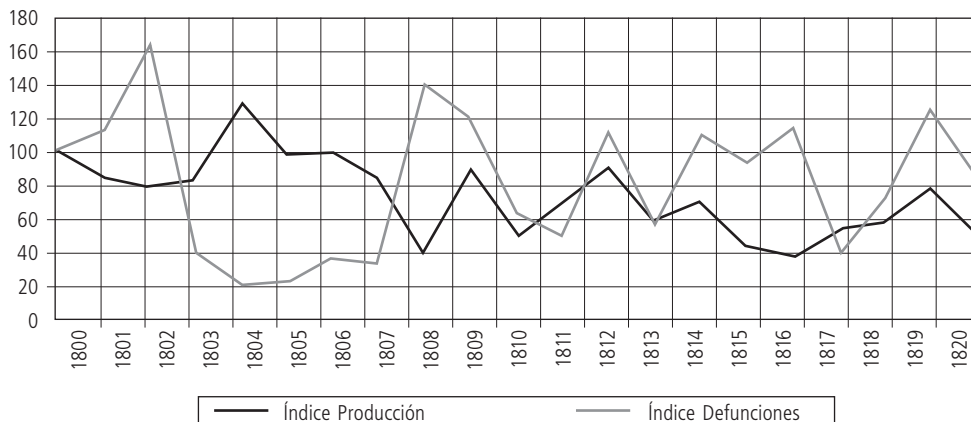


GRÁFICO 20
POZUELO DE ZARZÓN. EVOLUCIÓN DE LA PRODUCCIÓN DE TRIGO Y DEFUNCIONES (ÍNDICE 100: 1800 [PRECIOS] Y 1801 [DEFUNCIONES])

